

I

1980

Explicaciones ineludibles

En esta sección, junto a ¡Vista al mar...! se presentan por fin los relatos testimoniales sobre la tortura y el confinamiento de los detenidos durante el golpe de Estado del 17 de julio de 1980: Pajarito nuevo y El eco del monte. Así se completa la trilogía que había prometido

¡Vista al mar...! tuvo dos ediciones, en 1982 y 1993. Los dos siguientes permanecían no precisamente inéditos, sino sin escribir. Siempre estuvieron a flor de labios y los relaté innumerables veces a familiares, amigos y conocidos, pero conforme pasaban los años se me hacía más difícil volcarlos a la palabra escrita, por momentos parecía que iba a sucumbir a lo que los especialistas llaman agrafia, que no es sino la imposibilidad absoluta de escribir. Sólo ahora terminé por hacerlo, para esta edición de RE CUENTOS porque creo que vienen al caso, aunque no estoy seguro que logren la misma fortuna que la primera narración.

¡Vista al mar...! es la vivencia personal del asalto a la Central Obrera Boliviana, el mediodía del 17 de julio de 1980. El operativo, bautizado por los golpistas como "Operación Avispón", fue el inicio del golpe en La Paz.

Allí cayeron asesinados Marcelo Quiroga Santa Cruz, Carlos Flores Bedregal y Gualberto Vega Yapura. Además, fuimos secuestrados y apresados decenas de dirigentes sindicales, políticos y periodistas que a esa hora nos hallábamos en el posteriormente demolido edificio de la FSTMB, en la avenida 16 de julio.

Dos años más tarde, en agosto de 1982, cuando la prolongación agónica de la dictadura atravesaba su crisis terminal, apareció la primera edición. Vivíamos jornadas de recuperación democrática, las vísperas de aquel memorable 10 de octubre.

Se trataba de un pequeño opúsculo cuyo tiraje de mil ejemplares financió generosamente Víctor Hugo "Perro" Libera. La edición casi no llegó a los estantes de las librerías puesto que circuló gratuitamente y se consumió entre amigos y camaradas.

El relato gustó a los que lo leyeron, motivó algunos comentarios de prensa e intentos, nunca realizados, de llevarlo al video debido a cierto "estilo cinematográfico" con el que presuntamente estaría escrito. Poco después, esta narración testimonial cayó en el olvido, absorbidos sin duda como estábamos por el torbellino de la crisis bajo el gobierno democrático de la UDP. Peor aún, se quedaron hasta ahora en el tintero los dos relatos que debían seguirle, uno sobre lo vivido en las celdas de la DOP y los interrogatorios en el Ministerio del Interior, y otro sobre los tres meses de confinamiento en Puerto Cavinás, a orillas del río Beni, trabajos que sólo ahora puedo ofrecer a los lectores.

Entretanto, algunos momentos conmovedores de la prisión y del confinamiento han sido ya llevados al texto literario. Es el caso de la "comunidad ecuménica" que hicimos los presos de la celda N° 10, creyentes y no creyentes, a instancias de Carlos Arce Castedo, entonces redactor de Presencia, al recibir la primera marraqueta; está en el relato Domingo de Hernán Ludueña Isasmendi (en La muerte no envejece, La Paz, 1982). También el de un campesino casi adolescente que nos acompañó a Cavinás sin saber nunca por qué estuvo prisionero y que lloraba desconsoladamente por la suerte que habría corrido su pequeño hermanito, a quien dejó encerrado en una casa antes de que lo detuvieran cuando se asomó al camino de los Yungas para ver si continuaban los bloqueos; o las situaciones absurdas por las que atravesamos mientras estuvimos esposados, especialmente para realizar nuestros menesteres fisiológicos cotidianos (Panchito y Esposas en Un documental, un cuento y un guión de David Acebey, Estocolmo, 1983). Estos relatos son los únicos testimonios escritos "desde adentro" que conozco sobre el 17 de julio.

"Desde afuera", es decir desde la persecución de los primeros días y la clandestinidad, hay

magníficas pinceladas testimoniales en el libro *La máscara del gorila* de Alfonso Gumucio Dagrón, editado inicialmente en México en 1982 y luego en Bolivia en 1989.

En todos los casos, estos escritos son muy poco conocidos y permanecen dispersos. Están necesitando una recopilación que complete las que se han hecho sobre el terror político en Bolivia.

¡Vista al mar...! fue incorporado en un libro-reportaje sobre Bolivia publicado en Buenos Aires, en diciembre de 1982, y también, traducido al portugués, apareció en la separata cultural de *O'Diario* (Portugal) en enero de 1983. Residentes bolivianos en varias capitales de Europa lo hicieron circular en fotocopia y se proponían traducirlo. Pese a ello, al presente, es casi igualmente desconocido para las nuevas generaciones de lectores bolivianos.

Durante mi primera declaración en la Corte Suprema, el 14 de diciembre de 1989, uno de los magistrados, el Dr. Gualberto Dávalos, mencionó esta pequeña obra cuando me interrogaba como testigo de cargo en el juicio de responsabilidades contra García Meza y sus colaboradores. A renglón seguido, el presidente del Tribunal, Dr. Edgar Oblitas, ampliando la pregunta de su colega, interrogó si la obra que había escrito con ese extraño título (¡Vista al mar...!) era una experiencia realmente vivida por mí o tenía algo de creatividad e imaginación. Tuve que decirle que se trata de una obra de carácter literario, pero íntegramente encuadrada en la realidad.

Y eso vale la pena recalcar aquí. Nada de lo que está escrito en ¡Vista al mar! (ni en los otros relatos que le siguen) es inventado. "Testimonio real de un hecho fantástico", tituló su prólogo para la primera edición Ramiro Barrenechea. Tampoco son ficción los recuerdos e impresiones con los que está matizado el relato. "El testigo que escribe este testimonio se desnuda a sí mismo como en ese instante de lucidez frente a la muerte, en el cual se arremolina toda la vida de uno mismo, exigiendo el balance definitivo", dijo también el prologuista.

Los que han vivido el simulacro de fusilamiento en las caballerizas de la ciudadela militar de Miraflores saben que es así. Y seguramente cada quien hizo su propio "balance definitivo".

Se podrá convenir, en este caso, que es la realidad la que supera a la fantasía y no a la inversa.

Al lanzar ésta que es la tercera edición de ¡Vista al mar...! ahora con los dos relatos subsecuentes Pajarito nuevo y El eco del monte, acompañados de algunos anexos documentales, me ha parecido pertinente mantener las puntualizaciones que hice para la anterior edición de 1993:

Primera. Se mantiene íntegro el contenido esencial de la edición original. No hay razón ni necesidad de alterarlo, puesto que se trata de un testimonio efectuado en un momento concreto, con una manera peculiar de ver las cosas y en el marco de circunstancias irrepetibles. Solamente se han desarrollado o precisado situaciones, y se explica mejor la presencia de algunas personas, en ciertos casos, poniendo nombres y apellidos donde antes aparecían solamente apodos (no en vano han pasado ya 20 años de democracia).

Segunda. En el orden político ocurrieron cambios dramáticos. Es necesario consignar los más pertinentes a este relato.

*El gobierno de la UDP, en el que tantas esperanzas se había cifrado, fue sencillamente una calamidad. Al terminar afectando duramente a las mayorías que decía representar y favoreciendo a los que supuestamente iba a combatir, dilapidó el impresionante apoyo popular que representaba todo un período histórico de acumulación.

Así de simple, ironía cruel.

De ese modo, la democracia por la que tanto luchamos terminó en manos ajenas, incluso en las de un ex dictador, aliado con los pragmáticos "del poder por el poder". Esto es algo que no podía pasar por nuestras cabezas antes del 10 de octubre de 1982.

*Cayó el muro de Berlín y con él rodaron por el suelo varios mitos de los que nosotros –y al decir nosotros abarco a toda la izquierda latinoamericana y mundial– éramos parte. Ante nuestros ojos, los regímenes del socialismo real se desmoronaron "como castillos de arena" (la frase es de Guillermo Francovich, en una entrevista que le hice en Río de Janeiro, poco antes de su muerte).

"Hay campo, y muy anchuroso, para la esperanza, que nadie lo dude, pero tampoco que nadie confunda la esperanza con las simples quimeras...", decía en ¡Vista al mar...! a tiempo de proclamar la posibilidad de construir un mundo mejor. Es una expresión que sólo a fuerza de excesivo optimismo se podría repetir ahora textualmente, sin atenuarla en su primera parte. Menos todavía suscribir que los que estaban edificando ese mundo, "aun con tropiezos y errores, nos lo demuestran..." .

Sencillamente, los que creíamos paradigmas sociales, dignos de ser alabados e imitados, terminaron fracasando completamente. No resistieron las pruebas de la vida. Se desplomaron, no ante la presión militar y económica del mundo capitalista, que jamás dejó de estar presente, sino ante el empuje de sus

propios pueblos y ante la traición capituladora de sus élites dirigentes. Que la masa popular fue instrumentada por la conspiración imperialista, puede ser. Pero eso fue posible porque estaba cansada de tanto burocratismo hipócrita, de tanto dirigismo excluyente y soberbio, de tanta asfixiante opresión ideológica y de tanta corrupción e ineficiencia. Definitivamente, un régimen social es derrocado sólo en tanto y en cuanto se hace a sí mismo derrocable.

Lo ocurrido con los experimentos socialistas es una de las tragedias del Siglo XX, un viraje regresivo de grandes dimensiones que costará mucho remontar. Y sus raíces están muy lejos. Las anteojeras sectarias no nos permitieron admitirlo antes.

*En 1985, cuando la “perestroika” con sus implicaciones catastróficas aún no había comenzado, terminó para mí una militancia de un cuarto de siglo en el Partido Comunista de Bolivia. Las ansias internas de renovación, basadas en la autocrítica de lo que hicimos o no hicimos desde el gobierno de la UDP, chocaron con una barrera infranqueable.

Los dogmáticos empedernidos y los sectarios ortodoxos dieron a la disidencia el tratamiento reservado a los herejes (y no fuimos llevados a la hoguera sólo porque los patriarcas del partido no tenían el poder para hacerlo, ganas nos les faltaban).

El propio Simón Reyes, a quien admiré y admiro por su comportamiento estoico frente a la tortura, en el devenir de los sucesos partidarios fue incapaz de vencer el miedo a los cambios. Actuó con torpeza y miopía. Tuvo en sus manos la posibilidad de abrir el proceso renovador y salvar al PCB de la escisión, el marginamiento y el desbande; pero, prefirió cerrar filas con una camarilla de iluminados, administradores mediocres y eternos del partido. Por cierto, Simón figuró también entre los inquisidores e intolerantes perseguidores de herejes que durante varios años hasta dejaron de dirigirme la palabra.

Hay reflexiones en ¡Vista al mar...! que, en el sentido de la militancia política, parecen premonitorias o, más bien, preliminares. Momentos de una evolución incesante. Como aquellas de distinguir mejor “la actitud consecvente del sectarismo corrosivo e inútil...”; arrancar la acción de “las más hondas raíces de nuestro pueblo”; reconocer “el lodo que se oculta a veces bajo las aguas cristalinas”; encontrar la diferencia “entre acariciar con pasión un objetivo e idealizarlo...”; “ver más hondo en el alma de las gentes...”; establecer la diferencia entre “las convicciones profundas y las verdades absolutas”. Y expresiones así por el estilo.

Tercera. En este tiempo, mi vida afectiva tampoco transcurrió sin alteraciones. Se quebraron relaciones y sentimientos que parecían incommovibles. Se hicieron trizas esperanzas nuevas. Recorrí vericuetos insospechados. Acumulé cargas enormes. Hubo de todo: desequilibrios, frustraciones, sorpresas, sufrimientos propios y ajenos muy intensos, alegrías, algunas efímeras y otras duraderas. El mayor y único responsable de todo ello soy yo mismo, por eso no pido cuentas a nadie. Simplemente las cosas se dieron de ese modo.

Sólo me resta reiterar que lo que digo acerca de mi vida sentimental y familiar en ¡Vista al mar...! es totalmente sincero y auténtico, completamente válido para ese momento. Nada hay pues que cambiar en ese sentido para nuevas ediciones, aunque la realidad de entonces ya no sea la misma. Definitivamente, esta narración tiene una fecha incambiable. Ni antes ni después de 1982.

Y cuarta. El contacto con las personas jóvenes, gracias a la docencia universitaria, me ha convencido de la necesidad y utilidad de testimonios como éste, aunque quizá las dos siguientes narraciones no alcanzan la tensión emocional ni el matiz literario de ¡Vista al mar!, no en vano transcurrieron 20 años entre la una y las otras. Con todo, creo que pueden ayudar a las nuevas generaciones a comprender los valores democráticos y entender mejor la sentencia del 21 de abril de 1993, dictada por la Corte Suprema de Justicia contra García Meza y sus colaboradores, y la prisión de éste en el penal de Chonchocoro.

Nada hay más importante que mantener y, en su caso, recuperar la memoria colectiva, para evitar la impunidad. Ése es el mayor valor histórico de la propia sentencia. Así es como podemos desalentar a los que quieran repetir la historia de aquel 17 de julio de 1980.

La Paz, mayo de 2002

¡Vista al mar...!

Para Toño y Flo, por supuesto

Es una frase que antes no conocía. No había tenido oportunidad de toparme con ella. No sé siquiera si forma parte de la jerga de los cuarteles o fue improvisada en aquella ocasión...

Cuando la escuché por primera vez sentí una especie de alivio. Con frecuencia uno pasa largos minutos buscando las palabras necesarias... pero damos vueltas y revueltas y no nos salen: ensayamos una tras otra y hallamos que no nos gustan... la una es muy sonora, la otra demasiado formal o ninguna expresa a cabalidad lo que queremos decir. Suele suceder, sin embargo, que de improviso, generalmente cuando tenemos la mente ocupada en otra cosa, se aparece la frase feliz. Desde algún oscuro laberinto de la inspiración e impulsados por una fuerza ignorada, los términos se dan a conocer... ¡ahí está!... esa es la expresión que andábamos buscando.

Esta vez las palabras me llegan de afuera, me las gritan al oído:

¡Vista al mar...!

Si salgo de ésta, ése será el título de mi relato. ¿Relato...? No sé aún si elegiré el género fantástico o testimonial. No he decidido todavía si haré un cuento-denuncia, un cuento-ficción o una denuncia en regla... ¿Realismo a secas...? ¿Realismo bárbaro o realismo mágico...? En fin de cuentas eso no puede establecerse de antemano. Tendré que decirlo, naturalmente, pero después habrá tiempo para elegir la manera. Por ahora es más necesario vivir.

¡Vista al mar... carajo!

¿El mar...? Pucha que está lejos... Con las manos en la nuca, la vista baja y las rodillas dobladas pienso en el mar y me pongo a evocar ese primer encuentro... ¿Qué año sería?... Quizá 1965... ¿o fue en 1966?... El hecho es que estoy en Lima, es domingo y extrañamente la gente viste de color morado: túnicas, corbatas, camisas y pañoletas del mismo tono. Supe que todos se dirigen a la procesión del "Señor de los Milagros" ... Ahora recuerdo que el fanatismo de los limeños me lo expliqué esa vez por el reciente devastador terremoto: la religión como consuelo para desesperados... Camino por Colmena, cuando un pequeño autobús frena a mi lado como despavorido, mientras un hombrecito colgado del estribo grita con voz de plañidera:

¡Callaou... Callaou... Callaou!

Callao es el mar... ¡Arriba pues! Cinco soles el boleto y ya voy en dirección al océano. El aire húmedo que ingresa por la ventanilla me golpea con fuerza en la cara... Pero, eso de ser forastero en ciudades grandes y desconocidas tiene sus inconvenientes. Después sabría que el mar estaba más cerca del otro lado, en dirección del barrio elegante de San Isidro. No obstante, me acerco al mar y eso es lo que importa. Luego de casi una hora de veloz recorrido me dejan en un punto terminal, pero las aguas no aparecen por ningún lado, en vano mis pupilas se afanan por encontrar los vastos horizontes del mar... Sólo niebla brumosa y largos muros blancos que se extienden en lo que intuyo debe ser el puerto. Entradas y portones completamente cerrados, clausurando el acceso al mar. Un aire de desolación en rededor. Y, a pesar de todo, no puede estar muy lejos... Después de mucho caminar pegado a la extensa muralla, encuentro movimiento de gente, vías férreas, chatas casas de pobres y un olor a pescado y a diesel saturando el ambiente... Descubro un estrecho corredor empedrado lleno de transeúntes... ¡el mar tiene que estar ahí! Me adentro en el tráfigo humano del pasadizo y, al rato, junto a una plataforma de cemento indescriptiblemente sucia, varias canoas de pescadores ofreciendo su mercadería... Cientos de pelícanos acezantes, mientras esperan las vísceras de pescado, revolotean oscureciendo la visión; pájaros mugrosos y hambrientos de aspecto lóbrego y deprimente. Al final de la calzada... unos pocos metros de mar brotando desde la bruma, nada más (después sabría que estuve en lo que se llama una caleta). Qué decepción... ¿dónde está el mar infinitamente azul de las canciones...?

Bolivia tiene montañas...

no mar...

—¡Vista al mar he dicho, carajo, qué estás mirando!

El golpe lo siento en la nuca como un hálito frío recubriendo mis carnes... Pero si sólo estaba pensando en el mar-callao mientras mis ojos se posaban sin ver a través de una ventana que tengo arriba de la frente... ¿Qué había detrás...? ¿Una cancha de básquet?... podría ser... Al fondo unos muchachos manipulando grandes turriles negros, de seguro

preparan el “rancho”.

—¡Qué miras, huevón, he dicho vista al mar!

Algo como un manotón o arañazo me recorre la cara. Siento el ruido de mis lentes al caer sobre las losas. No puedo reprimir un ademán de querer recogerlos, pero el pisotón se me adelanta. Crujen los vidrios y comprendo que es en vano. Además, una seguidilla de golpes me deja sin iniciativa: rodillazos, puntapiés, cachetadas...

—Conque, ¿espiondo por la ventana, ¿no?

No hay más remedio, vista al mar, sólo mirar el suelo y un trozo de la parte baja de la pared... Y aunque me asomara de reojo a la ventana, sin lentes apenas alcanzo la mitad del presunto campo deportivo, los soldaditos al fondo son nada más que manchas desfiguradas que se mueven perezosamente.

¡Qué joder! necesito volver a este momento, tangible y concreto, real. Imposible seguir evadiéndose. Estás aquí verdaderamente, ya no tiene caso seguir ignorándolo. ¿Pero... cómo empezó esta extraña pesadilla a la que tanto me niego a retornar...?

Simón ha dicho muy serio: compañeros, hay que apresurar la reunión, el golpe está en marcha, adoptaremos algunas medidas organizativas y debemos desconcentrarnos...

Las radios ya se ocuparon de propalar la determinación del paro y del bloqueo, ahora quieren tomarla los de Canal 7 televisión... se encienden reflectores y funcionan las cámaras...¡todo parece tan irreal...!

Primero fue un estallido aislado, seco y cortante, interrumpiendo la lectura... Las miradas se cruzan, no hay tiempo siquiera para que alguien pregunte qué es lo que pasa. Comienzan las ráfagas, persistentes y continuas... los cristales se desploman. Nada es ficticio, las balas se incrustan en puertas y paredes... ¡no estamos ni esperando ni filmando una película...! Estampida general, todo el mundo corre, o más bien se arrastra, hacia arriba, hacia abajo, atrás, adelante. Pero es inútil, estamos rodeados. El edificio de la COB se ha convertido en una auténtica boca de lobo. Marcelo, desde el suelo —su palidez era la palidez de la muerte— enseñándome su revólver: esto es pretexto para que me limpien... Sí hermano, moviendo la cabeza antes que hablando, mientras veo que su mano de artista alcanza al de su lado el pequeño objeto metálico que pasa de mano en mano y es ocultado en los escombros (después sabría, Marcelo, que no necesitaron de ese pretexto para limpiarte).

Quizá en esos instantes comenzaron mis intentos de evadirme de la realidad. Quiero convencerme de que estoy ausente... Aunque, no es eso precisamente, estoy aquí pero desde otra dimensión. Soy apenas un espectador invisible. A un ser irreal no se puede golpear ni matar, seré un testigo imparcial que después contará todo lo que está pasando. Por momentos la táctica me da resultados: veo los miedos terribles en los rostros de los demás y no descubro mi propio miedo... y vaya si debo tenerlo. No estoy venciendo el pánico, cuando más trato de ocultarlo detrás de una pasividad total, de un completo dejar hacer.

Somos el vivo retrato de la impotencia. Y la imprevisión. Copados por un comando paramilitar a pocos minutos de haber decretado lo que todos creíamos las medidas salvadoras: huelga general y bloqueo de caminos. Descendemos las gradas en fila con las manos en alto (Marcelo y Carlos no llegaron hasta la calle, tampoco Gualberto, que estaba en el patio trasero). Es la primera vez que veo un “paramilitar”, luego existen, no son seres inventados... El que tengo cerca presiona mis costillas con el caño de su metralleta, como casi todos lleva una polera de cuello alto... ¿Sirve acaso de algo intentar su “identikit”?... Digamos por lo menos que en la comisura de sus labios tenía marcas de espuma, saliva desecada... ¿estuvo mascando chicle?... ¿estará bebido o drogado?... lo que no puede ocultar es que tiene un susto atroz, está poseído por el miedo. Me sonrío para mis adentros... ¿existirá un aparato para medir la tensión de los nervios provocada por el miedo?... este sujeto batiría todos los récords... Pero... estamos con los brazos vacíos en alto y él tiene una metralleta FAL, apretada en su costado... el dedo índice posado sobre el gatillo. Y, así, ¡qué importan los temores que pueda cobijar su cuerpo retorcido y trasnochado...! Él y sus amigotes son los dueños de la situación.

La calle está desacostumbradamente desierta para un jueves a mediodía... Aunque sólo una parte de la calle, claro, ahora lo veo mejor. La gente se está reuniendo y comienza a agitarse en las bocacalles próximas. Gritos y silbidos. Lejos, una primera piedra que se aproxima rebotando en el pavimento... Tienen más miedo que nosotros, se aterrorizan con las

piedras que ni siquiera alcanzan a llegar... carajazos vociferantes entre ellos, todos parecen mandar a todos, disparos al aire. Cuando avanzamos por la vereda, rumor de pasos increíblemente veloces hacia la puerta abierta de un edificio lateral (después Oscar Eid me diría: "no fue mi mente la que decidió escapar, fueron mis pies"). ¿Habría sido mejor el terror supremo de esos segundos de carrera enloquecida hasta la portezuela metálica, o la inercia de lo desconocido a la que somos empujados?... De todas maneras ya no hay elección posible; como se arrea al ganado, somos empujados a los vehículos estacionados en la calzada...

Allí prosiguió la cadena de asombros. Carros blancos nuevecitos con grandes cruces verdes pintadas en los costados. No estamos ni enfermos ni heridos todavía, pero las sirenas de las ambulancias truenan en el aire guiando la columna. Nosotros, apilados en el piso, amontonados como leña, encañonados, golpeados, silenciosos y circunspectos... Interrogo casi al oído a Cayetano Llobet sobre la suerte de Marcelo y él me responde con una seña cabalística: la mano extendida y la punta de sus dedos imitando un cuchillo que pasa por el cuello.

Sólo al acercarnos a la Facultad de Medicina parecen percatarse de lo grotesco de la situación... hacen señas y se gritan mutuamente: ¡Oculte su arma, cojudo! Vuelvo a sonreír para mi coleteo; esto es un secuestro sin duda, pero cientos de personas tienen que haber visto el insólito espectáculo de una caravana de locas ambulancias con forajidos armados asomando por las ventanillas. Decenas más tienen que haber visto por cuáles portones abiertos desaparecieron casi sin disminuir su velocidad... ¿De qué servirán, sin embargo, estas observaciones...? ¿Quién o quiénes se ocuparán de investigar y esclarecer lo que está sucediendo?

—¡Bajarse, señores!

Ni bien descendemos se desata la golpiza general. Ya no tienen miedo, se sienten a sus anchas, como en su casa, hasta se ríen. Están apurados (deben ir a Palacio y no se cuidan de decirlo). Se saben protegidos y ostentan un aire de triunfo. Adentro, en el hall del Gran Cuartel, manos contra la pared, no mirar a ninguna parte (vista al mar), entregar cinturones, corbatas, dinero, papeles, cordones de zapatos, relojes, todo lo que traigan...

—¡Ahora van a ver, huevones!

No hemos vuelto a saber nada de Lechín (casi nadie recordará después el momento de su desaparición). Simón Reyes es la cabeza más visible. La miel para las moscas... Sangra profusamente por la nariz y la boca. Antes de recibir una andanada de golpes que me nubla la visión, logro alcanzarle mi pañuelo.

¡Vista al mar...! nuevamente en toda la regla: manos a la nuca, los ojos en el suelo (¡qué me estás mirando, huevón!), rodillas dobladas, torso inclinado hacia adelante, descalzos y en hilera. Descendemos por patios, corredores y oficinas de la ciudadela militar de Miraflores, la sede más conspicua del Alto Mando militar. A trasmano, algunas gradas. Después... olor a guano de caballos, penetrante, con reminiscencia a verdes campos... a desfiles del 6 de agosto con excremento depositado impudicamente en mitad del asfalto... ellos no saben de fechas cívicas ni conocen los símbolos patrios, ¿verdad?

¡Vista al mar, cojunitos...! ¡Y nada de hacerse los machos!

.....

¡Al primero que se mueva...! ¡Pum!

Pocas veces antes he reflexionado detenidamente sobre la muerte. Cuando mi padre murió con la trombosis coronaria (al tercer año de la Guerra del Chaco había contraído un reumatismo palúdico o algo así), tuvo una triste agonía de más de 24 horas... Su amigo el sanitario que lo vio antes de que los parientes trajeran al médico, me llevó aparte y me dijo a solas: tu papá se va a morir, ya no hay remedio, ocúpate de los que quedan, especialmente de tus hermanitos menores, pobres angelitos. Muchas veces me he preguntado porqué me eligió a mí, estando la madre y cuatro hermanos mayores. En general siempre fui un tipo excesivamente sensible. Extremadamente emotivo, como todos siempre me lo han dicho. Cualquier emoción medianamente fuerte suele quebrarme la voz y no pocas veces me humedece los ojos...

Creo que por primera vez estoy llegando a descubrirlo. El sanitario amigo, que no nos cobraba por colocar sueros e inyecciones, se dirigió a mí precisamente porque aquella vez — como ahora— decidí ponerme un poco al margen, asumir una especie de irrealidad, dejar de

ser yo mismo y analizar las cosas desde fuera de mí... Con este desdoblamiento, logro verme a mi mismo y también a ratos consigo ver el rostro de la muerte...

Pero los hombros y los brazos me duelen horrorosamente... ¿Cuántas horas ya estamos en la misma posición? Imposible saberlo. No sabemos siquiera si ya es noche o sigue siendo de día.

Nos han despojado de todas nuestras pertenencias... se han llevado el llavero que tenía un disco de bronce con la inscripción CMB (me lo había regalado un ocasional amigo de bohemia en Catavi), todo el dinero que llevaba encima, algunos papeles y también el reloj. Pero, si no me lo hubieran quitado, tampoco podría ver la hora. Con las manos en la nuca estamos pegados tan juntos que mis codos se apoyan en las nuca de los dos vecinos que están, como yo, a los costados... Acostados de bruces sobre el excremento equino, no se nos permite el menor movimiento...

¡Al primero que se mueva...! ¡Pum!

Hemos escuchado perfectamente las órdenes impartidas a los soldados que nos vigilan. No podemos mirar a ningún lado ni ver a nadie... sólo la mierda de caballo mezclada con briznas de paja y aserrín en la que hundimos los rostros. Que verdes campos, que desfiles del 6 de agosto ni que ocho cuartos, otra cosa es sentirla pegada a tu nariz, a tus pestañas, junto a tus mejillas, y por un tiempo que se prolonga indefinible...

Pasos de gente armada en rededor, conversaciones apagadas entre ellos. Cada cierto tiempo, el golpe de una patada o culatazo. ¡No te muevas, carajo!

Se suceden los turnos de vigilancia... ¿de cuántas horas? Los de esta tanda son concriptos de Cochabamba, hablan en "quechuañol": que ya se quieren ir, que no saben qué estará pasando, que cuánto tiempo más nos harán quedar, que no se sabe cuándo será el próximo licenciamiento a causa de estas bullas que están ocurriendo... A todos les han dicho lo mismo: estos presos son asesinos y ladrones, peligrosos extremistas que querían estrangular a la patria... por eso, al primero que se mueva ¡Pum!

El "Morok'o" (así le llaman los otros), ¿se habrá creído todo lo que le dijeron? No me explico de dónde puede sacar tanta vocación para maltratar. Los otros patean o golpean con las culatas de sus fusiles; se nota que algunos fingen estar enojados, pero no lo están... Él se para encima de tu espalda, y si te quejas es peor, te clava un fuerte taconazo que hace vibrar tus músculos y te duele hasta en los huesos. No sólo camina a grandes zancadas sobre este piso alfombrado de cuerpos, sino que también a momentos se distrae calculando la distancia de su salto... dos... tres... cuatro extremistas y... ¡zas! cae sobre otra espalda. El siguiente brinco puede caer sobre ti, ya sabes que es mejor no quejarse y mucho menos protestar. Y se ríe. Algunos le festejan, pero pocos le imitan, no hay risas francas y bonachonas, creo más bien que son risas nerviosas... rictus de miedo. Sí, también ellos están asustados. Se oyen lejanos disparos y nadie sabe qué puede ocurrir.

—¡Ayyyyy...! "Morok'o", ¡mis vértebras!...

Te imagino metido en tu uniforme de soldado, debes ser grueso y bajo, eres pesado y tu apodo te delata. Fusil Garand al hombro, los brazos cruzados sobre el pecho, tu cara maciza de campesino valluno... caminas muy orondo, napoleónicamente, sobre un tendal de prisioneros enemigos-de-la-patria. ¿No tienes miedo de perder el equilibrio...? Tu pedestal es blando y, pese a todo, movedizo. ¿Cuál es la expresión de tu sonrisa? ¿Te burlas de nosotros o de verdad nos pisoteas con odio y crueldad?

—Soy camarógrafo de la televisión, no tengo nada que ver... ¿Por qué estoy aquí?

—¡Silencio, carajo! Nadie te ha dado permiso para abrir la boca...

Trancos apresurados y nuevos golpes al que habló. ¿No ves?, es mejor quedarse quieto y callado, escabullirse de la realidad. ¿Qué podrías decir tú?... "Soy periodista y escribo para los trabajadores... ¿por qué estoy aquí?". Pero si está claro, por eso estás aquí... no serán todos los que están... pero tú eres de los que son.

¿Seguirá la tarde o ya oscureció?... ¿En qué hora estaremos?... ¡Huyyy, mis hombros! No puedo más... Si el vecino moviera su cabeza para el otro lado, podría bajar unos centímetros la punta de mi codo, aliviaría en algo el dolor... Advierto que él está en la misma posición, su brazo descansa también sobre mi nuca, por lo tanto está pasando iguales sufrimientos a los míos. Muevo lenta, muy lentamente la cabeza hacia la izquierda, su brazo parece tener un peso enorme, pero logro conseguirlo, siento la punta de su codo resbalando por mi oreja.

Inmediatamente hacemos la operación inversa... mi brazo ha bajado unos centímetros hasta el piso... es un ilusorio alivio al dolor y al adormecimiento de los músculos. ¿Cuánto habremos demorado en tan complicado operativo...? ¿Una hora, tal vez?

—¿Qué se mueven, carajos!

Pero no es a nosotros, el “Morok’o” y sus muchachos no han advertido el cambio de posición de nuestros brazos... podemos respirar tranquilos. ¡Con cuán poco te consuelas cuando estás obligado a permanecer inmóvil y revuelto en la bosta de la caballería...!

Siguen trayendo gente... Incluso mujeres. Escuchamos voces y llantos. ¿Entre cuántas personas podremos cubrir el piso de esta caballeriza?... ¿Seremos ya unos cien...? ¿Quizá doscientos...?

—Soy sacerdote y pido permiso para arrodillarme y orar...

—Silencio, ¡carajo!, ¡cura comunista, para qué se mete en huevadas...!

¡Meterse en huevadas...! Cuántas veces oiría en los siguientes días ese supremo y definitivo argumento... Estás jodido, sí, lo reconocen, pero es porque te has metido en huevadas, ¡tú-nomás-tienes-la-culpa...!

Creíste que oscurecían artificialmente el recinto taponando los angostos huecos de los ventanales. Pero, no. No puede ser... ¿para qué habrían de hacerlo? Convéncete, la noche ha llegado y nada cambió para ti, sigues tendido en la misma posición... tus brazos y hombros son una masa inerte que ya no te pertenece.

Ruido de botas, muchos pares, voces que van subiendo de tono. De pronto lo recuerdas, el que dio la orden: “al primero que se mueva ¡Pum!”, no era boliviano. Era un porteño sí, pero no te confundas, pueden ser uruguayos o de otro país... No quieres admitirlo al comienzo... como si no lo supieras... Pero lo sabes, hombre, ya no dudes, son argentinos... Tú estabas enterado. El general retirado y ex presidente Alfredo Ovando informó en una reunión de la UDP: oficiales argentinos toman parte en la confección detallada de un operativo golpista... en la Escuela de Estado Mayor de Cochabamba se prepara el esquema como tesis de grado. Pudimos haberlo denunciado públicamente, sin embargo, ¡ilusos!, no se querían de entrada complicaciones internacionales para el gobierno constitucional... Al final, habíamos ganado las elecciones, ¿no? Y por tercera vez...

No puedo creer que actúen tan desembozadamente, tienen que saber que con sólo escucharlos sabemos su nacionalidad. A menos que, y me da un escalofrío, seamos candidatos a ser suprimidos... ése era el plan... No te sorprendas, pues.

—Así que..., es éste...

—¡Levantate, boludo!

Y oímos el sonido inconfundible de las patadas en un cuerpo tendido.

—Pero no me mirés, no me mirés boludo, ¡porque te mato!

Querían saber dónde estaban las armas, sobre todo eso; luego, nombres, planes, direcciones. Simón, agobiado pero impertérrito: no sé nada, no sé nada. Estrujado a puñetazos y golpes... algunos producen un ruido un tanto diferente, apagado y lúgubre (después sabría que fueron golpes aplicados con el caño de las armas, así, como si estuvieran cargando a la bayoneta, contra un ejército en repliegue). Leves quejidos y ayes entrecortados, resoplidos, dolor... dolor aprensado a punto de desbordarse... Caínes desalmados, demonios experimentados en triturar la carne viva, monstruos concupiscentes... ¡Cabrones, hijos de perra! ¿quién los mandó venir...?

Todo tiene su tiempo... pienso que éste es el tiempo de aborrecer, de odiar con toda la fuerza de que seamos capaces... Contra la iniquidad de la tortura y contra sus ejecutores, el amor sería una ironía cruel... ¡Bestias salvajes, sayones entrenados por la CIA y sus secuaces, que un mal rayo los parta!

Continúa la sesión y estamos presentes oyéndola (hablá boludo, habla)... ¡Ánimo, Simón, hermanito...! Escúpeles en la cara, que te maten pero no te doblegarán...

De pronto, con voz angustiada, aunque firme y sólida, como para que sea escuchada en todo el recinto:

—¡Soy un dirigente obrero, carajo! ¡Métanme un tiro si quieren... no diré nada...!

Las últimas palabras se ahogan en un sollozo, se pierden absorbidas por un torbellino rabioso de golpes frenéticos... Luego, cansados y jadeantes:

—Adoctrinado el boludo éste, ¿no?

Pero no pueden más, ya no siguen... ¡Bravo, Simón...! Les ganaste la partida... Aunque tienes el cuerpo destrozado, estás derribado e inconsciente y tu sangre se mezcla con el estiércol, purificándolo... tú eres el vencedor, los derrotaste. ¡Si te hubieran metido el tiro que les pediste, seguirías siendo el triunfador! No pudieron contigo, les faltó valor para apretar el gatillo, los acobardaste con tu coraje. ¿No ves que los ahuyentaste con tu dignidad obrera y popular...?

.....
Reina un silencio que oprime... ¿Cuántas horas más habrán transcurrido? Sólo los pasos de la guardia, han cesado golpes y gritos. Alguien se anima:

—Permiso, mi capitán... quiero orinar...

La respuesta no es la acostumbrada, no le dicen ¡cáguese! ¡orínes! por meterse en huevadas... Podría ser la medianoche, todos tenemos ganas enormes de orinar. El oficial, ¿será capitán acaso? ordena que uno tras otro, "no todos a la vez, por favor", desagüen donde puedan... Casi todos lo hacen arrodillados, girando hacia la parte trasera donde estaban acostados... Me pregunto si habrán llevado a las mujeres a otro lugar.

Cuando me llega el turno, no puedo evacuar de hinojos, tengo una tremenda pesadez en la parte baja del vientre, como si todas mis vísceras oprimieran la vejiga... Él me toca la cabeza con suavidad, casi paternalmente, "orina de parado —me dice— y ubícate allí, donde hay más espacio". No alcanzo a verle la cara, sólo una fracción de segundo, unos ojos de expresión indefinible... ¿humanos?... podría ser. Cuando voy a recostarme de nuevo le digo de espaldas, sin mirarlo:

—Permítame decirle que usted es un oficial de honor...

Quienquiera que hayas sido, capitán o lo que seas, no sé quién eres, no sé siquiera por qué te portas así, ¿te repugna la faena?... ¿por qué decidiste diferenciarte de los otros?... ¡Quién sabe! Algunos nos inclinamos a creer todavía en la posibilidad de una reserva moral en las fuerzas castrenses. Y te lo diría de nuevo, mirándote de frente. Pero, acabó tu turno de guardia muy pronto. Recuerdo cuando pediste silencio y compostura al oír el tropel de tu relevo... Para ser honorable, es decir para tener un comportamiento relativamente humanizado, ¡tenías que ser clandestino dentro de tu propia institución...!

Otra vez los gritos y los insultos... Una vez más el terror de los golpes y las patadas al descubrirse el más leve movimiento. Y ahora es peor...

—A ver, estos diez primeros —mientras los contaban— ¡pararse y salir en fila, que vamos a pulir!

—¡Vista al mar, cojudos!

—Qué me mirás, boludo (uno de los argentinos)... ¡Si lo volvés a hacer te mato!

Después de todo, quizá no se propongan liquidar a todos... ¿Por qué no se dejan mirar la cara? Un muerto ya no puede reconocer a nadie, ni a su madre, ni a su mujer, ni a sus amigos. Para bien o para mal, algo tendrá que cambiar... de todas maneras, no podrías estar mucho tiempo más en esta maldita posición... ¿Para bien?... ¿qué fue eso?... Sí, es una descarga no lejana, en alguno de los patios podría ser. ¿Estarán fusilando? Disparos aislados, como de revólver... tiros de gracia tal vez... ¿O serán nada más que simulacros...? No te consueles, mejor es que te prepares.

¿Es que la muerte necesita de una especial preparación?

Gentes que ingresan de nuevo, chasquido de armas, pasos, voces. El mismo ritual para los diez siguientes: ¡Pararse!... ¡no me mirés!... ¡vista al mar!... ¡por delante!...

Silencio... una ráfaga prolongada, disparos aislados... Otra vez silencio.

Estoy muy próximo a la pared, entonces estaré probablemente entre los últimos en salir... Mi mente empieza a funcionar a una velocidad increíble. Imágenes, recuerdos, impresiones, anécdotas, se suceden a un ritmo vertiginoso... hay que estar en una situación parecida para constatarlo. En pocos segundos tengo tiempo para todo, increíble, hasta para recordar que Aureliano Buendía pudo hacer el recuento de su vida frente al pelotón de fusilamiento...

A mí me sucedió en otras ocasiones, eso de estar ante la evidencia de que te puedes morir... Claro que no tan transparentes y peliagudas como ahora.

La primera vez fue en Cochabamba, a comienzos de los años 60... Los campesinos del valle fueron movilizados contra los distritos mineros (me complace que a estas alturas, cuando parece que de verdad voy a morir, esto ya es imposible que ocurra). Se han

concentrado en la plaza *14 de Septiembre* y se dice que marcharán al día siguiente... No es posible emprender una acción política de persuasión sobre los hombres del agro, el “maravilloso instrumento del poder” es muy difícil de enfrentar. El gobierno maneja caciques, dinero, demagogia, alcohol, etc. Además, somos todavía un grupo muy pequeño, en gran medida aislado, con vínculos e influencia casi nulos en el campo. Pero hay que hacer algo, ¿no?... Batirnos con los campesinos no es posible, ni deseable... Al fin tomamos una decisión: para impedir el paso volaremos un puente, o quizá provoquemos un derrumbe a la salida del valle. Manos a la obra, pues, los de la fábrica Manaco nos ayudarán a elegir el lugar más apropiado. Entretanto, hay que transportar los implementos, desde la casa del “Negro” Mejía. Se trata de dinamita, fulminantes y guía (llegaron en un canasto desde la mina de Siglo XX). La tarea debemos cumplirla entre tres: “Casicho” Arévalo, “T’aku” Soria y yo. Soy el menor de todos, el más chango se puede decir. Me envuelven el torso con largos metros de guía —no es peligroso, dicen— y me cubren con una chompa de lana. Los fulminantes, en una pequeña cajita de cartón, se colocan en el maletín que va prendido a la montura de mi bicicleta...

La caravana se echa a rodar conmigo por delante, mis dos compañeros tienen a su cargo el traslado de la parte más voluminosa, los cartuchos de la dinamita... Justo enfrente de la Estación Ferroviaria del Valle, parqueados en doble fila, los camiones vacíos que trajeron a los campesinos... Cuando pienso que debimos evitar el paso por este lugar es ya demasiado tarde, alguien me tiene prendido del cuello, mientras por el otro costado otro me ajusta con el caño de un fusil Máuser... Mis compinches, que vienen a prudente distancia, ven a tiempo la escena y viran sus velocípedos en otra dirección... ¡por lo menos ellos están a salvo...!

La situación dura muy pocos segundos, pero ya mi mente se ha puesto a marchar aceleradamente... Podrían disparar, es cierto... pero no tienen cómo adivinar mis intenciones ni pueden saber que lo que apretan con el caño no son directamente mis costillas, sino la guía de la dinamita. Sería una muerte estúpida, pienso; no tienen motivos para odiarme, sólo me opongo a que sean arrastrados contra los mineros, nuestros hermanos; pero eso no lo entenderían ahora ni yo sabría cómo explicarles, ni siquiera hablo el quechua con fluidez. Parece existir entre nosotros un abismo infranqueable...

Fue en ese momento que pronuncié la palabra milagrosamente salvadora...

—Compañeros...

No recuerdo que cosas más dije, pero ese instante supe que no me matarían... ¡Compañeros! Qué palabra tan cálida y bella.

Otra vez en que estuve ante la posibilidad de morir ocurrió en Santa Cruz en 1965, fue por la imprudencia de Héctor, alias “El Chanchito”, que no sabía nadar y yo que me metí a salvarlo olvidando las precauciones que siempre hemos oído desde chicos. Por poco resultamos ahogados los dos en la piscina de la Poza del Bato, ¿o pato? El drama duró también escasos segundos... atragantado y con Héctor a cuestas prendido de mi cuello y de mi cintura, alcancé a nadar hasta la orilla más próxima. Mi mente hizo otra vez prodigios cinematográficos, pensé en mi madre, en los camaradas que no tendrían el informe del congreso estudiantil al que acabábamos de asistir, en mi vida joven sin realizaciones aún... en fin, decenas de imágenes desfilaron por mi cabeza atropelladamente en tan pocos instantes... Y allí no valían palabras salvadoras, nos enfrentábamos a la sola naturaleza que podía arrebatarnos la vida, tan plácida e imperceptiblemente, con sólo aprisionarnos en unos pocos metros cúbicos de agua.

Lo de la plaza del estadio, en agosto de 1971, fue diferente. No se trataba de un caso individual. La muerte se asomaba de frente y desde los tejados, pero nosotros, a pesar de lo desorganizados, no estábamos tan inermes como ahora y éramos muchos. Allí recogí sensaciones muy complejas, imposibles de ser descritas sin profundas reflexiones previas... Básteme decir que el único momento que no sentí miedo fue cuando tenía el viejo Máuser apoyado en los adoquines de la barricada improvisada en la avenida Saavedra, frente a los monolitos

Me sonrió ante tan tenues aproximaciones a la muerte. No fueron nada comparadas con ésta. Ahora sí, la cosa parece en serio...

Nuevamente pasos y voces... ¡Los diez siguientes...!

Alguien llora desconsolado, se queja... que él sólo pasaba por la calle, que ha llegado de

Oruro, que debía casarse ese sábado... Por supuesto no le creen, se ríen de su minúscula tragedia y lo callan a golpes...

Otro hueco de silencio expectante... ¿Estarán deliberando?... ¿Se habrá interrumpido la cadena...? ¿Será que les falta espacio...? ¿ O estarán deshaciéndose primero de los cadáveres...?

Incertidumbre... aunque por otra parte casi la evidencia de que tú puedes estar entre los próximos diez... o entre los subsiguientes...

Mi madre, ¿ya sabrá de mi desaparición...? Quizá aún no. Pero, igual, estará angustiada por las noticias de La Paz... Sí, ...hubiera querido sobrevivirte, ahorrarte la pena de mi muerte, sobre todo a tus años... Qué quieres sin embargo, esto estaba entre los riesgos posibles... Quisiera que de algún modo lo llegaras a saber, lo bueno que pudo haber en mí lo heredé de ti, tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo... Nunca me diste tu aprobación, es cierto, siempre decías que debo preocuparme más de mí y de mi familia, que esto no cambiará ni en mil años, que a lo mejor las generaciones futuras... Pero yo adivinaba en ello nada más que tu empecinamiento maternal... a pesar de tus ruegos y reconvenciones, sabía que desde lo más profundo de tu corazón estabas firmemente conmigo. Habías llegado a comprender que yo no podría vivir de otra manera.

Sufrirás mucho por esto, mi viejita querida, pero tu fortaleza de molle plantado en el valle te permitirá reponerte. Recuérdame con orgullo, no dejes que nadie manche mi memoria, moriré de pie, con toda la dignidad que tú me has dado.

“Y que las cien mujeres que me amaron deshojen sus canciones...” dice el poeta peruano Luis Nieto en su orden del día para cuando muera. Algunas serán, aunque no cien... Mas el recuerdo de todas, todas, se concentra en ti mi amor, mi compañera... ¿Podrás hallarme esta vez...? En agosto del 71, al tercer día fuiste a la morgue, buscaste horrorizada mi rostro entre los cuerpos allí apilados... pero, ya ves, mi hora todavía no había llegado... Nuestro amor no fue como los idilios de las novelas, transitó por trechos duros, creció con el paso de los días, se hizo fuerte y cada vez más fecundo. Fructificó en una relación cristalina más o menos serena y no por ello menos apasionada. Algunas insatisfacciones, muchas cosas grandes y pequeñas que no pudimos darnos, pero cuánta vida y cuánto amor a pesar y por encima de todo. Sí, cariño mío, eres el recuerdo más dulce y tierno que puedo esbozar en estos instantes supremos. Te amo...

En ustedes me prolongo, hijos queridos. Si esto sigue y se confirma lo que todos suponemos, ya no me tendrán más. Aunque todavía son muy pequeños, yo sé que ya lo comprenden. Sé que me quieren mucho. Les robé algunas horas de cariño paterno que siempre me esforcé en compensar... no sé si lo he logrado. Quisiera que fueran personas íntegras, fuertes pero bondadosas... que no se guiaran por las puras apariencias, que supieran siempre ver un poco más hacia el fondo de las cosas. No sé qué idea predominará entre las imágenes que les queden de mí... quisiera que apreciaran tan sólo la honradez, que descubrieran que ésa es la única riqueza que a veces puede legarse, y no es despreciable, no. Apoyen y cuiden siempre a la mamá.

Una vez más el tumulto de pasos y sacan a la nueva tongada, el tiempo apremia...

¿Cómo irá a ser mi tumba? Yasser Arafat, en el Palacio de los Deportes de Lisboa, comenzó su discurso con un relato conmovedor (qué buen orador me pareció, por momentos me olvido de la traducción y me figuro que lo estoy entendiendo directamente en árabe): una madre palestina, con su hijito muerto en brazos, se había dirigido a él cuando visitaba un campamento de refugiados palestinos: “dónde, Yasser, dónde podré enterrar a mi hijo...?” (desde las graderías donde me encuentro, me pareció descubrir el brillo de una lágrima... por más de treinta años un pueblo martirizado en el exilio, sin siquiera un sitio seguro donde enterrar a sus muertos, es algo para ponerse a pensar...).

¿Cómo es que no dejé dicho a mi mujer que me sepultaran en la tierra, y no en esas ridículas covachas de ladrillo de los cementerios...? En vez de las broncas y tensiones de los últimos días (¿sabías acaso el peso de las preocupaciones que me había echado a la espalda?), tendría que haberme ocupado de dejar esto bien explicado, en la tierra-tierra y por lo menos a dos metros de profundidad... Pero, ¿cómo podía imaginarme que sería hoy?... Debía regresar a la casa a la hora de almorzar... salí relativamente temprano, ella y los hijos estuvieron como cohibidos cuando les di el cotidiano beso de despedida, claro, querían abrazarme por mi

cumpleaños, pero no se decidieron... Mejor en el almuerzo, dirían... y seguro que me esperaron con caldo de maní (desde que tengo memoria lo he saboreado en los cumpleaños familiares). Y, a propósito, no había pensado antes en la coincidencia... moriré exactamente el día que cumpla 36 años... Un simple detalle, sí, pero cabe en este repaso fílmico... "No preguntes cuánto, sino cómo has vivido".

Otro silencio prolongado... ¿habrán suspendido las ejecuciones...?

Compañeros... mis amigos y camaradas. No voy a fallarles. Estoy contento de haber llegado hasta aquí. De algún modo lo sabrán (al final, todo se llega a saber)... pronunciaré la frase adecuada en el momento preciso... controlaré el temblor de mis rodillas... con una muerte no sucumbe la perspectiva... muchas muertes habrá todavía...

No son momentos de razonar como un fanático... y yo lo fui en los inicios. Si algo puedo contemplar satisfecho desde la orilla en que me encuentro, es que estamos metidos en una obra que vale la pena... Si nos matan por ello, es triste, ¡cómo no!, pero de ninguna manera sorpresivo... Siempre deberíamos tenerlo presente... eso de que amamos la vida, aunque estamos dispuestos a ofrecerla, no son simples palabras, o por lo menos no deberían serlo. Sabemos que la lucha de clases tiene frecuentes desenlaces cruentos... No debimos olvidarlo ni por un instante... Con el bloque progresista y popular en el que estamos, la Unidad Democrática y Popular, fuimos capaces de derrotarlos en las urnas, pero, ¿creímos acaso que ellos se resignarían a perder y no cambiarían de terreno...?

¡Cuánta sangre derramada!...

Pienso en Rosendo García, muerto con sus tragos adentro en San Juan, por defender su sindicato. En Roberto Alvarado, el viejo Roberto, tan duro y tan puro, su corazón dejó de latir en una celda de Viacha, nada menos que en los brazos impotentes del cardiólogo "Trotsky" Soria, preso como él.

Pienso en Jorge Sattori, el entrañable "Satoracho". Planificó y personalmente dirigió la fuga de presos políticos de Coati, en 1972, pero fue recapturado sólo porque se negó a fusilar al viejo y gordo coronel de Policía que llevaban de rehén, el pobre hombre les estorbaba la caminata en la dura noche altiplánica (tantas veces le dijimos que escribiera esa historia, y no nos hizo caso, hasta que abordó el malhadado avión aquel en el que murieron todos, menos Jaime).

Pienso en los muchachos que se nos fueron del partido y murieron con la guerrilla, toda una pléyade heroica, hombres del calibre de un Inti Peredo (no podemos ignorarlos, no)...

En Cupertino, Cecilio, Darío, Amadeo y tantos otros que no conocí...

Hago el recuento de la orgía terrorista de las últimas semanas (como indicios eran más que suficientes). Pienso en Lucho Espinal, el curita tan bueno como un santo aunque, según se le mire, políticamente ingenuo. Lo torturaron toda la noche y acribillaron al amanecer... En los otros del avión siniestrado en Laja (pocos dudan de que haya sido un sabotaje)... En Alcides, el joven comunista ametrallado en Santa Cruz... En los muertos y heridos de la marcha de El Prado en el cierre de campaña (estalló la granada en mitad de la alegría, me veo correr agarrado del megáfono, dejan manchas rojas mis pisadas, he pisado sangre... debe ser un mal presagio).

Pienso en todos los que pasaron por torturas durante los gobiernos de Barrientos y de Banzer... en "Arsenio Mayta" y "Chaparro" (Ramiro Barrenechea y Marcos Campero); en "Juana Sánchez" y "Janeth" (Ana Urquieta y Elsa Crispín, después más conocida como "Mafalda"). En "Ruly", sobre todo en "Ruly", Emil Balcázar, el minero cambia (al encontrar en tu casa mis papeles de la radio "La voz del Minero", te azotaron con alambres, te apalearon, dispararon en tus oídos, te hicieron el "submarino" y cuántas cosas más, pero no lograron arrancarte nada, menos mi paradero). Pienso en Ojopi y en "Sapito" Mejía, en "Satoracho" otra vez. En "Rafael" y "Alejandro" (Remberto Cárdenas y Fernando Campero Marañón), dos nombres de guerra que siguieron vigentes después de la clandestinidad.

Pienso en los cientos de héroes innominados de la batalla de este siglo... En Fucick, el checo que escribió en pequeños papelitos de la cárcel su conmovedor *Reportaje al pie del patíbulo*, simbolizo a los de otros lados...

Pienso en Simón, cuya respiración ya no escucho... Soy parte de esa legión, qué carajo, mi muerte no será un drama exclusivo ni únicamente personal.

¿Habrán cambiado los planes...? ¿Sería todo nada más un simulacro? Es el final,

convéncete... ya vendrán por ti, estarás en los del próximo grupo...

No tengo necesidad de arrepentirme por la forma en que he vivido... Todo volvería a tomar el mismo cauce, si me fuera dado vivir otra vez...

Cambiarían algunas cosas, pero no lo esencial... Procuraría establecer más pronto la diferencia entre las convicciones profundas y las verdades absolutas (algunos se atreven a decirnos que el marxismo es una nueva religión cuando esto no queda suficientemente claro)... Distinguiría mejor la actitud consecuente del sectarismo corrosivo e inútil... Aprendería más pronto la necesidad de arrancar la acción de las más hondas raíces de nuestro pueblo... Trataría de reconocer más prestamente el lodo que se oculta a veces bajo las aguas cristalinas... Sí, me esforzaría por ver más hondo en el alma de las gentes... Volvería firmemente a abrazar el mismo ideal, pero me apresuraría en encontrar la diferencia entre acariciar con pasión un objetivo e idealizarlo... Sí, señores, la vida es más compleja de lo que en principio nos imaginamos... es posible construir un mundo mejor, los que lo están edificando, aun con tropiezos y errores, nos lo demuestran... pero nadie piense que esto es una tarea fácil para la que sólo hace falta disponer de buena fe y de mejores intenciones. Hay campo, y muy anchuroso, para la esperanza; que nadie lo dude, pero tampoco que nadie confunda la esperanza con las simples quimeras...

Volver a vivir... Estoy divagando... Aunque... tal vez no renunciaría a la literatura (¿qué me pasó...?, ¿tuve miedo a fracasar...?, ¿o no me esforcé lo suficiente...? Sí, creo que fue una mezcla de negligencia, complejos, desorden y escepticismo en cuanto a su eficacia). Tendría que hacerme vencer menos por el apuro que me dejó tan poco tiempo para admirar y amar la naturaleza y para solazarme con las buenas creaciones humanas... ¡Viviría con más plenitud!

La hora parece haber llegado ¡arriba pues!

.....

Pero no pasa nada. Otra vez vista al mar, en fila carajos, mirando al suelo. Nos sacan del laberinto de edificaciones... Estamos próximos a la calle, hace mucho frío, el amanecer puede estar cerca. Agujas de luz, motores funcionando, órdenes, gritos. De nuevo las ambulancias. ¿Dónde nos llevarán...? Si la intención es eliminarnos, quizá éste no sea el lugar elegido... ¿Qué ha sido de los que fueron sacados antes que nosotros...? Las descargas que escuchamos después de cada salida no eran producto de la imaginación, no. Sin embargo, nos llevan... ¿a dónde?

Tendidos en el piso metálico, tratando apenas de adivinar la ruta emprendida, podemos sospechar cualquier cosa, hasta la más extravagante... ¿Chuquiaguillo?... ¿Munaypata?... ¿Alto Lima?... Después dirán que caímos en combate, que las-fuerzas-de-seguridad-restablecieron-el-orden... ¿o ley de fuga?...

La verdad es que hay muchas formas de deshacerse de los muertos, cuando no se tiene que rendir cuentas a nadie, cuando se posee el poder absoluto y espantoso de la fuerza, cuando se es dueño de la noche y señor de las tinieblas... (hay tantos relatos, como el que los trabajadores fueron arrojados a los hornos de calcinación en la Masacre de Uncía de 1923)... Puede ser el lago, o la selva (en 1967 a "Bigotes", Jorge Vázquez Viaña, dicen que lo sacaron del hospital de Choreti y lo arrojaron desde un helicóptero).

Nos tienen en sus manos, nadie puede hacer nada por nosotros (después sabría que hasta insultaron al arzobispo Jorge...)

Balanceas una vez más tus posibilidades. La incertidumbre se agiganta: es mejor repetir mentalmente la frase que has elegido para el instante final...

¿En cuál de las esquinas próximas nos aguarda el desenlace...? ¿O será que primero quieren interrogarnos...? ¿Estás suficientemente preparado para esa prueba? Te la imaginas, claro, te la has representado muchas veces para saber si eras capaz de soportarla. Pero ésta sería la primera ocasión de experimentarla en carne propia. Sería tu debut en la materia (estrenito, pajarito nuevo, dijeron después, cuando te sacaron la capucha para empezar)... Tendrás que aguantarlo todo... ¿no estabas acaso dispuesto a morir...?

Seguimos subiendo y deduzco que hemos dado la vuelta por la plaza Uyuni, Chuquiaguillo estaría, pues, descartado... Hace muchos años hice este mismo recorrido... pero en sentido inverso. Y, qué ironía, también en una ambulancia... La cosa fue así:

Un camarada, siringuero tuberculoso, requería sangre para una transfusión... cuando me presento como voluntario en el Hospital del Tórax, me dicen que el tipo "B" no se conserva

bien, que mejor deje mi dirección, que le darán a mi amigo la sangre del banco a condición de yo reponerla cuando la necesiten... que firme una boleta de garantía, es sólo una formalidad... Yo, conspirador empedernido, no tuve más remedio que dar mi dirección auténtica... Pasaron las semanas y olvidé por completo el crédito de sangre que había suscrito... andaba sumergido en el fervor universitario que esos días se volcaba a recuperar el petróleo y defender el gas... el gobierno llevaba a la gente al confinamiento, a Ixiamas, Puerto Rico y Alto Madidi. Allí estaban, entre muchos otros, René Zavaleta, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Ramiro Barrenechea y Eliodoro Alvarado. Las detenciones eran el pan de cada día... Una tarde cualquiera, ruido de motor y bocinazos junto a mi habitación. Mierda dije, vienen por mí... salgo al patio corriendo con la idea de saltar por el muro del fondo... frenéticos golpes en la puerta mientras vociferan mi nombre, un hombre de bata blanca se introduce sin esperar respuesta e intercepta mi fuga... ¡Necesitamos sangre del tipo "B", estamos operando...! De la sorpresa y el susto, paso al gozo... en instantes la ambulancia se abre camino de bajada con sus estridentes argumentos... yo voy sentado junto al de la bata blanca, me río de mi sobresalto y ostento un aire de satisfacción, ayudaré a salvar la vida de alguien que no conozco.

Tiene gracia... ahora voy en sentido opuesto, desandando el recorrido que hice en aquella ocasión, tal vez hacia mi propia muerte.

Como quiera que sea, este capítulo debe estar por terminar... ¿viviré para contarlo...? Siempre vista al mar nos han bajado de los vehículos, no se dejan ver los rostros... una luz mortecina, piso de cemento, pared húmeda y carcomida. Toman datos, nuestros nombres, direcciones, en qué partido militamos... nos empujan en fila hacia el interior... se abre una enorme puerta metálica (después sabría que era la de la celda N° 10)... Nos empujan introduciéndonos en la obscuridad. Un torrente de aire tibio, húmedo, con olor a respiraciones múltiples, me envuelve completamente... Cuando oigo el cerrojo asegurándose con estrépito a mis espaldas, tropiezo con varios cuerpos... voces apagadas, manos, muchas manos fraternales... ¿Dónde estoy? Me toman del brazo... ¡hermanito!

Es como salir del fondo de un pozo, profundo y lóbrego. Como despertar de un mal sueño (después me enteré que fueron más de 17 horas continuas). Estuve lado a lado de tantos compañeros, pero compartimentado, amurallado como ellos en una incomunicación total, absoluta... no hablar con nadie, no moverse, sólo pensar solitariamente, encerrado a la fuerza en el interior de ti mismo... y con la muerte rondando por la caballeriza... Acá, en la negritud de la celda se restablece el vínculo humano... es como regresar a la vida... Puedo hablar, me preguntan... compañero... ¿dónde están los demás?... ¿quién eres?... ¿alguien ha visto a Simón?... ¿dónde estamos?...

Busco un espacio libre para acomodarme sin pisar a los otros. Tiene que estar por llegar la madrugada...

Acabará la noche, a pesar de todo, y desde cualquier rendija podremos otra vez sentir la luz de un nuevo día...

Pajarito nuevo

Las semanas previas al golpe del 17 de julio de 1980 la democracia boliviana era muy pintoresca.

Formalmente el tenebroso aparato de represión que había montado el régimen banzerista estaba disuelto y gozábamos de plenas libertades. Lo que constataríamos después, a un costo muy elevado, es que los agentes, soplones, espías y torturadores entrenados en siete años de dictadura habían pasado a trabajar bajo el mando de Luis Arce Gómez en la Sección II del Ejército. En otras palabras, sólo trasladaron transitoriamente sus oficinas de Sopocachi a Miraflores.

Eso explica también cómo, a los pocos días de posesionarse la presidenta Lydia Gueiler, Arce Gómez, al mando de una fracción militar, allanó el Ministerio de Gobierno y se llevó consigo los archivos de la represión política, ante la mirada impotente del ministro Jorge Selum Vaca Díez.

Por esos días en dos ocasiones tuve la evidencia de que tales “canas” nos andaban rondando. La primera vez Remberto Cárdenas, que estuvo preso más de un año y fue uno de los últimos en salir en libertad en 1978 al desmoronarse el gobierno dictatorial, me mostró en la calle a dos sujetos que habían sido sus captores: Melquiades Torres, alias “El Gemio”, y Jorge Balvian, alias “El Coquito”; recuerdo que ni siquiera alcancé a fisonomizarlos claramente, aunque no dejó de extrañarnos que andaran juntos y en las cercanías de la oficina del PCB, partido en el que Remberto y yo militábamos. La segunda vez fue en la Plaza San Martín (Triangular) de Miraflores: Sonia reconoció a “El Gemio” como la persona que junto a Balvian comandó el grupo de agentes civiles que tiempo atrás había allanado nuestro domicilio de Ciudad Satélite y saqueado mis libros y papeles (varios cajones de cartón que a los vecinos hicieron creer que eran armas); Sonia lo reconoció sobre todo por la cicatriz que el sujeto lleva en el rostro, pese a que trataba de ocultarse tras un periódico, en la típica pose del espía perseguidor.

Ambos incidentes me serían recordados por “El Gemio” la noche del 19 de julio, dos días después de haber sido detenido en la sede de la COB, junto a decenas de dirigentes sindicales y periodistas. “Me has hecho ‘dedear’ con el Remberto y también con tu mujer”, dijo desafortunadamente en lo que parecía un intento de encontrar razones para descargar momentos después sobre mí la furia de sus golpes.

Ocurre que durante los siete años del gobierno de Banzer (1971-1978) no pudieron echarme el guante. Varias veces estuvieron a punto pero no lo lograron. En La Paz viví a salto de mata recibiendo muestras de una inmensa solidaridad de muchísimas personas que se arriesgaron por protegerme y que nunca podré agradecer lo suficiente.

No lo consiguieron en las minas donde entre 1974 y 1976 me moví en una especie de semilegalidad, bajo la protección de los sindicatos de trabajadores en cuyas emisoras hice mis primeras armas serias como periodista. Recuerdo una vez, siendo redactor de la radio *21 de Diciembre*, a menos de una cuadra de la Policía de Llalagua los agentes civiles me soltaron cuando pedí a gritos a un trabajador que pasaba por la calle que avisara a Octavio Carvajal y a otros dirigentes del Sindicato de Catavi que me llevaban detenido.

Tampoco pudieron capturarme cuando los campamentos mineros fueron ocupados militarmente en junio de 1976 y luego de que la huelga de los mineros se extinguiera casi un mes después. Los primeros días ingresamos a interior mina junto con los principales dirigentes; Iván Paz y yo armados de una poligrafiadora ayudábamos a redactar y difundir los pronunciamientos sindicales, mientras Domitila a punto de dar a luz repartía café y comida que llegaban del exterior en termos y portaviandas por caminos insondables. Después los compañeros me ocultaron en diferentes casas de la población civil de Llalagua. “Ni se te ocurra quedarte en el campamento, pues aquí entran casa por casa sin contemplaciones”, habían coincidido los más experimentados dirigentes. Salí de allí totalmente transformado, sin bigotes y con el pelo recortado al estilo cadete, con un carnet de identidad falsificado, por una ruta y a una hora que Emil Balcázar había planificado minuciosamente antes de su detención (cayó un día antes de mi salida y, al encontrar en su poder mis archivos, papeles y cintas grabadas de la radio, lo torturaron salvajemente para dar con mi paradero, pero él no dijo una sola palabra y yo no cambié el plan de salida pese a que las reglas de la clandestinidad así lo aconsejaban).

Con todos esos antecedentes, cuando descubrieron mi rostro y mientras desataban los alambres de mis manos, “El Gemio” y “El Coquito” no ocultaban su satisfacción por tenerme por fin en sus garras. Me miraron de arriba abajo y uno de ellos dijo “con que pajarito nuevo, ¿no?”.

¿Cómo llegué hasta aquí? Retrocedamos un poco: después de la espantosa noche en las caballerizas, del Estado Mayor nos trasladaron al amanecer del 18 de julio a las reabiertas instalaciones de la DOP ubicadas detrás del Palacio Legislativo (en el espacio en que después se construyó el actual edificio anexo al Congreso). La situación allí fue igualmente pavorosa, como para no querer acordarse. En Miraflores boca abajo sobre el estiércol de caballo y manos en la nuca, además de los golpes, pisotones y otras vejaciones, sufrimos la tortura del aislamiento individual. Aprisionados en la Celda Nro. 10, aquí padecimos el hacinamiento colectivo como un verdadero suplicio.

Pasan las horas y siguen y siguen trayendo detenidos. David Acebey intenta el uso

organizado de un borde o pretil de cemento para podernos sentar por turno unos minutos, distribuye para ello unos papelitos numerados que llegan, según recuerdo, hasta el 73. Una chompa de lana –ni falta que me hace ante el calor sofocante de tantos cuerpos apretujados– pasa de mano en mano girando como una hélice para mover el aire junto a una pequeña ventana enrejada, al lado de la enorme puerta metálica casi hermética.

Estamos a oscuras y descalzos. Sólo el día domingo 20 trajeron del Estado Mayor una camionada de zapatos que vaciaron en medio del patio para que cada uno reconozca los suyos; los míos y los de Hernán Ludueña nunca aparecieron, corrieron la misma suerte que carteras, relojes, llaveros, cinturones y otros objetos personales que nos decomisaron al llegar al Gran Cuartel en las ambulancias.

Antes del amanecer de esa segunda noche estamos literalmente asfixiados y esto provoca una especie de motín que obliga a los guardias a abrir la puerta —por fin el aire— y a sacar al periodista Butrón y a otras dos personas desmayadas.

Ya estamos a 19 de julio y no hemos probado bocado desde el 17, sólo unos sorbos de agua cuando nos sacan en grupos de a cinco para ir al baño. El día transcurre con la única novedad importante de que alivian un poco la situación de la celda llevando a unos cuantos presos a otras habitaciones que han habilitado arrojando al patio montañas de papeles que después descubrimos que eran archivos oficiales del Parlamento Nacional. Cuando todavía alumbra el sol, quizá a las cuatro o cinco de la tarde, vienen los guardias y vocean tres nombres, los de Max Toro, Víctor Sosa y el mío. De otra celda escuchamos que sacan a Simón Reyes. Nos ponen una capucha en la cabeza, una especie de saquillo de tela, y nos atan las manos hacia atrás con unos alambres o cables de electricidad. Los cuatro somos colocados de cúbito dorsal en un vehículo que intuimos es una de las ambulancias que se utilizaron desde el primer momento del golpe de Estado.

Sólo mucho después tuve la certeza de que el lugar al que nos llevaron era el Ministerio del Interior, ahora de Gobierno. Cuando en 1983 trabajaba en Canal 7 Televisión Boliviana hice el recorrido por la portezuela lateral de la calle Belisario Salinas y las gradas y pasillos que conducían al tercer piso.

La maquinaria represiva había retornado del Gran Cuartel de Miraflores a sus espacios habituales de la avenida Arce, y Luis Arce Gómez era el nuevo titular de la cartera.

Conducidos como ciegos nos hacen esperar en una sala y uno a uno vamos ingresando al interrogatorio. Para ahogar el ruido de los golpes y las vociferaciones colocan una radio a todo volumen con el programa deportivo de los hermanos Echavarría que transmite desde el sur una competencia automovilística curiosamente no interrumpida pese a los momentos angustiosos que vive el país.

Después de escrutar me minuciosamente y acusarme de que yo los había hecho “dedear”, “El Gemio” y “El Coquito” comienzan formalmente el interrogatorio sentándome en una silla. El uno se pone a mi lado amenazante con las manos en la cintura; el otro, detrás del escritorio, dispara las preguntas mientras escribe en un papel: nombre y apellido, edad, partido en el que milito, y otros datos generales. Una vez más, para darse coraje “El Gemio” me lanza una acusación: ¿Así que querías cambiar la tricolor nacional por el trapo rojo del comunismo, no?

Ya sin la capucha voy acostumbrando de nuevo mis ojos a la luz y de a poco hago un reconocimiento del ambiente y de los rostros de mis captores. Con una aparente tranquilidad que estoy muy lejos de sentir he guardado mi placa dental en el bolsillo cigarrero del saco y advierto en los muebles la inscripción de inventario con la sigla CIDOB; deduzco que ya han asaltado y saqueado el Centro de Información y Documentación de Boivia que Godofredo Sandóval y otros intelectuales democráticos estaban formando como repositorio de la memoria del país. Les digo calmadamente que la bandera roja es la bandera de mi partido, igual que la celeste es la bandera del Club Bolívar. Ya tienen el pretexto:

—¡Nos estás queriendo mamar, cojudo de mierda! Grita “El Gemio” a tiempo de agarrarme de los cabellos y arrojarme al suelo.

Él mismo y sus ayudantes inician la descarga de golpes; usan por supuesto los pies para dar patadas, pero también unas largas tablas que se me antoja eran de alguna mesa del CIDOB que habían destruido. La mayoría de los golpes cae certeramente sobre mis partes musculosas mientras se me trata de inmovilizar manos y pies apretándolos contra el suelo.

Paran al parecer a una señal de “El Coquito” y vuelven a sentarme en la silla para recomenzar las preguntas que giran, primero sobre los supuestos arsenales y el dinero del partido. Después, sobre nombres de personas, cargos y direcciones de domicilios. No los conozco, yo vivía en Catavi y Siglo XX, es mi principal argumento defensivo a sabiendas, por supuesto, de que no me creen.

—¿Donde vive Jorge Kolle?

—No lo sé.

—¿No los sabes, acaso no has ido a recogerlo el otro día en una “peta” celeste?

—Entonces, si lo saben ¿para que me preguntan?

—¡No ve, éste nos quiere mamar!

Otra vez al suelo, los puntapiés y el apaleamiento. Recordé que efectivamente al día siguiente de las elecciones que había ganado de lejos la UDP, llamaron a la oficina pidiendo la presencia de Kolle para una conferencia de prensa en la casa de Hernán Siles Zuazo. Menudo problema, no teníamos cómo ubicar al principal dirigente del partido; a medio salir de la clandestinidad casi nadie conocía las residencias de los demás y los minutos pasaban raudamente. En eso, por pura suerte, se apareció Rosa María Gutiérrez y se brindó a llevarme en su escarabajo celeste a la casa de Kolle, que había sido en la avenida Iturralde. Llegamos tarde pero a tiempo, la conferencia de prensa estaba comenzando y Kolle pudo salir en las fotografías en uno de los flancos del líder de la UDP; al otro lado estaba Antonio Aranibar, del MIR. Lo que todos ignorábamos de puro incautos era que los agentes de Arce Gómez seguían de cerca todos nuestros pasos.

¿Cuántas veces se repitió el procedimiento y qué tiempo duró esta pesadilla? Resulta difícil precisarlo. Sólo puedo recordar ahora que en una ocasión logré zafar mi brazo izquierdo para intentar amortiguar el efecto de la tabla que caía sobre mis partes traseras; el golpe dio sobre la palma de mi mano con tal violencia que hizo saltar la soldadura de mi aro matrimonial (uno de los guardias, “El Negro” Ventura, me lo había devuelto milagrosamente el día anterior, diciéndome que podría traerle mala suerte si se lo quedaba consigo). El efecto del golpe lo sentí más que en la palma, en la parte exterior de la mano, donde me ha quedado de por vida un pequeño promontorio huesudo. En los días posteriores los compañeros de celda, me aplicaban un ungüento llamado “Pergalen” para aliviar mis partes magulladas. Más de dos semanas después, la extendida sangre machacada había teñido de negro retinto casi toda la parte posterior de mi cuerpo. Por eso, los soldaditos de Puerto Cavinás me miraban asombrados y boquiabiertos cuando me desnudaba para zambullir en las turbias aguas del río Beni, como lo hacían todos los colegas de confinamiento para combatir el calor.

No sé si se cansaron o se convencieron de que nada importante podrían arrancarme. Mis recuerdos alcanzan a situarme de pronto amarrado en una silla, con la capucha puesta nuevamente y en una habitación donde al parecer estoy completamente solo. Tiene que haber pasado mucho tiempo porque además de tener el cuerpo tremendamente adolorido siento una sed y una fatiga indescriptibles. La tela de la capucha se ha humedecido con el resuello y no tengo forma de apartarla, la siento pegada a mi boca y la respiración se me hace cada vez más dificultosa. Siento pasos indiferentes y una puerta que se abre hacia un baño que reconozco por el ruido del agua y que no hace sino acentuarme la sed. En cierto momento los pasos parecen detenerse y tengo la sensación de que alguien me observa. ¿Qué puedo perder?

—¡Un vaso de agua, por favor! Digo haciendo un gran esfuerzo detrás de la tela humedecida. Los pasos vacilan. Después se dirigen al baño y siento el ruido del agua llenando un recipiente. El tipo levanta la capucha sólo a la altura de mis labios y vacía en mis entrañas el contenido vivificante. No ha dicho una sola palabra en todo el operativo.

Varias horas después los agentes entran en tropel, me toman de los brazos y guían mis pasos hacia la salida reconocible por las escalereas de bajada y el frío de la noche. Siento a mi lado a mis tres compañeros de infortunio cuando nos suben de nuevo a la movilidad en la que somos apilados. La respiración más jadeante y un tanto quejumbrosa es la de Simón; para él fue sobre llovido mojado, pues la primera dosis de brutalidad la había recibido dos días antes en la ciudadela militar de Miraflores.

Cuando nos bajan de retorno, los “canas” de la DOP se hacen los buenitos ante el estado calamitoso que debe presentar el dirigente de los mineros: “Simón, hermanito, qué te han

hecho esos cojudos”, comenta alguno mientras lo ayudan a bajar y a dar los primeros pasos.

Cuando nos sacan la capucha antes de devolvernos a la celda número 10, sólo alcanzo a distinguir a un grupo de agentes que se protegen del frío invernal quemando papeles en una hoguera instalada en el centro del patio. A Simón lo apartan y lo llevan casi en vilo a otra celda pues apenas puede caminar.

Los compañeros nos reciben con la novedad de que en nuestra ausencia habían traído la primera comida, pero a nadie se le ocurrió guardarnos algo pues nadie sabía si volveríamos a ese lugar.

Lo primero sólido que ingerí fue la marraqueta que distribuyeron con café la mañana siguiente, domingo 20 de julio. Tuve aún que aguardar varios minutos porque Carlos Arce Castedo, firme militante católico y entonces redactor del diario “Presencia”, propuso una comunión que resultó profundamente humana, emocionante y ecuménica. Antes de comer el pan, para unos fruto maravilloso del trabajo humano y para otros además símbolo imperecedero del cuerpo de Cristo, se formó un rueda silencioso y anhelante en el que cada quien expresó sus sentimientos y esperanzas.

Estábamos férreamente unidos en la desgracia y todos queríamos vivir en libertad.

El eco del monte

*Puerto Cavidas el eco del monte
Donde se viene feliz a vivir
Cuando amanece aparecen los cantos
se divisa el porvenir*
(Estríbillo de un taquirari muy popular

en Puerto Cavidas en 1980)

Una noche nos pusieron a todos de rodillas en el patio y pasaron tocándonos el hombro para que digamos en voz alta los años que teníamos.

—¡Treintiséis!, grité cuando me llegó el turno.

A los de mayor edad los distribuyeron a otras celdas. Nuestras dudas se acrecentaban. ¿Dónde nos llevarían a los demás?

Primero dijeron que nos expulsarían a la Argentina, bajo el reinado del general Videla, campeón de los asesinatos y desapariciones. Parece que la intención existía pero, menos mal, algo les falló.

A los pocos días, los mismos “canas” filtraron la información de que saldríamos confinados al oriente del país.

La noche anterior a la partida llegaron para mí unos zapatos usados encargados solidariamente por Eduardo “Gato” Domínguez, el único de la celda que logró hacer contacto con su familia, creo que sobornando a algunos agentes. Me quedaron un poco ajustados y tuve que hacerles unos cortes en la parte del talón, pero me tranquilizaron un poco; desaparecía la desagradable perspectiva de salir descalzo al exilio o al confinamiento.

Un amanecer de comienzos de agosto, enmanillados, nos subieron a una furgoneta. Mirando por algunas rendijas de la cubierta metálica dedujimos que íbamos a El Alto, hasta lo que podría ser la Base Aérea, donde se estacionó el vehículo. Pasaban las horas y seguíamos encerrados sin ninguna explicación. El sol recalentó el carro y tornó inaguantable el ambiente, parecido al de la primera noche en la DOP.

—¡Guardia, aire!, vociferé varias veces con todas mis fuerzas acercando mi boca a un pequeño respiradero del techo mientras los compañeros golpeaban con pies y manos todas las partes del vehículo capaces de hacer ruido. Después de varios de estos reclamos sonoros, a los agentes no les quedó más remedio que abrir la puerta, pero sin dejar de proferir insultos y amenazas.

Pasamos todo el día en ese afán para conseguir que nos permitan airearnos de rato en rato. Al caer la tarde llegamos a la conclusión de que no volaríamos ese día. En efecto, ya al anochecer nos trasladaron a dos celdas policiales de El Alto. La que me tocó tenía una boca de

letrina en una de sus esquinas que hacía irrespirable el aire. Al poco tiempo sentimos un fuerte dolor de cabeza. Una vez más nos vimos obligados al amotinamiento, incluso devolviendo los insultos a los pocos guardias que nos custodiaban. Al fin, viendo que no cejaríamos en nuestro reclamo, nos permitieron recoger del patio restos de bolsas de cemento con los cuales taqueamos el hueco de la letrina para impedir el paso de los olores nauseabundos que nos habían indisputado a todos.

Otra batalla que tuvimos que librar, amenazando con huelga de hambre, fue para que nos quitaran las manillas tanto para ir al servicio higiénico como para tomar la cena que trajeron unas mujeres, contratadas entre las vendedoras callejeras de comida.

Mientras nos alimentábamos en el patio, ya con las manos libres, uno de los agentes, de apellido Villafán, casualmente vecino de Ciudad Satélite, aprovechando la oscuridad me deslizó furtivamente un paquete que había solicitado a mi familia (contenía un pantalón, dos camisas, un par de botas Manaco y algo de dinero).

“Caminos”, “Cabañas”, “Calaminas”, “Camiñas”, “Cadimas”, eran los nombres desconocidos que los agentes dejaban filtrar, sin darnos ninguna pista real sobre cuál sería el lugar de nuestro destino. Quizá ni ellos sabían de la existencia de ese remoto sitio a orillas del río Beni llamado Puerto Cavinás.

Allí nos trasladaron al día siguiente en dos etapas. Primero todos en un carguero hasta la hacienda ganadera El Dorado, donde comimos un locro cocinado en turril. Después, divididos en dos grupos, seguimos viaje en un pequeño avión Arava, capaz de aterrizar en la pista de Puerto Cavinás. Previamente, en la Base Aérea de El Alto, el que sería el encargado de nuestra custodia, capitán de navío Jorge Velasco Bejarano, mandó abrir las compuertas del mismo vehículo-horno del día anterior, sin esperar nuestros reclamos.

—Están ustedes a cargo de un militar profesional, no me confundan con esos agentes, dijo a manera de presentación.

Era de estatura mediana, moreno, de bigote recortado y lentes, algo rechoncho, vestía traje de combate y llevaba su metralleta al hombro. El trato que nos brindó en los próximos tres meses que pasamos con él fue en general correcto, a momentos frío y distante y a momentos de acercamiento muy cálido hacia algunos de nosotros, especialmente cuando nos invitaba a compartir unos tragos (o más bien ordenaba a sus soldados que nos llevaran a su presencia para acompañarlo a beber).

Pese a su presentación auspiciosa, Velasco no mandó quitarnos las esposas, sino cuando ya estábamos encerrados en nuestra nueva cárcel tropical.

Puerto Cavinás es un pequeño pueblito de una sola calle a lo largo de la curva del río, con no más de 200 habitantes. Un arroyuelo lo separa de un aserradero que ostenta el pomposo nombre de “Base Naval”. Cercanas a la instalación militar, atravesando un sendero, están algunas edificaciones, una ruinoso iglesia de la misión franciscana, unas precarias viviendas de los indígenas “caviches” y la pequeña pista siempre amenazada por el crecimiento del pasto y la hierba.

Arribamos allí sin podernos aligerar la gruesa ropa del invierno paceño, sufriendo horrorosamente por el calor y llevando como podíamos nuestros escasos bártulos.

El recibimiento fue espectacular. No se veía un alma, pero cuando el pequeño avión terminó su carreteo, comenzaron a salir del bosque soldados con el arma en apronte y con ramas de camuflaje en los cascos y la ropa. Según nos contaron después, les habían prohibido estrictamente hablar con nosotros y acercarse a menos de tres metros; les dijeron que éramos peligrosos extremistas subversivos, que manejábamos armas blancas, expertos en artes marciales, capaces de asesinar con un simple movimiento veloz de las manos.

La escena era tragicómica. Una veintena de desconcertados presos políticos en fila india, enmanillados, sudando a mares, caminaban en silencio por el sendero que conduce de la pista de la Misión al Aserradero, rodeados por una fracción de aterrorizados soldados camuflados y en actitud de combate.

Casi al anochecer nos dieron pan y una infusión de paja-cedrón, lo que sería a partir de ese día nuestro desayuno diario. Después se nos distribuyó la dotación de rigor, la misma que dijeron daban a los soldados: un mosquitero (sin este artefacto no se puede vivir en Cavinás, también llamada la “capital del mosquito”), una bolsa para que llenada con paja sirviera de colchón, una cuchara, un “caneco” o jarro de aluminio y un plato o pailita con asas

laterales.

Un grupo fue instalado en un local de madera llamado con exageración Casino Militar, y el otro en una típica construcción de la zona: horcones de chonta, tirantes de madera atados con bejuco, techo de hojas de palmera *motacú* y paredes de *chuchío* revocadas con barro. Como único moblaje, una plataforma de camastros de madera en filas de dos pisos.

Se nos reunió a todos para anunciar la regla de oro: de acá nadie puede salir, el que lo intente no sólo que arriesgará inútilmente su vida, sino que perjudicará al resto porque el castigo será para todos. Por la selva no irán a ninguna parte, el río está controlado por las Fuerzas Armadas en distintos puntos, tanto hacia el norte, en dirección a Riberalta, como al sur, hacia Rurrenabaque. Nadie puede trasponer los límites de esta instalación militar y no está permitido ningún contacto con la población civil que queda al otro lado del arroyo.

A los pocos días, y conmemorando las fiestas patrias, el hielo comenzó a romperse muy lentamente. Los encargados de la guarnición, suboficial Rocha y sargento Vargas, invitaron un delicioso chicharrón de pescado acompañado de cerveza fría. Sus palabras eran muy alentadoras:

—Aquí estarán bien, nada va a pasarles y pronto volverán a sus hogares.

Quedó oficialmente conformada la “Compañía Especial”, como pasamos a denominarnos, organizados en escuadras según la estatura.

Trabajos forzados y voluntarios

Nuestra primera obligación era formar cada día a las siete de la mañana en el campo deportivo, junto a la fracción de 80 efectivos de la Naval, para cantar juntos el himno nacional mientras se izaba la bandera boliviana. En realidad, más que soldados-marineros, esos jóvenes eran trabajadores gratuitos del aserradero.

La segunda era realizar trabajos que nos serían asignados cotidianamente, el primero de los cuales fue “rozar” la hierba y el pasto para facilitar la operabilidad de la pista, siempre bajo la atenta mirada vigilante de los soldados.

Esto planteó una cuestión complicada. En las horas de comida, o junto a la gran fogata nocturna que hacíamos con la ilusión de espantar a la “aviación” (el zumbido de la nube de mosquitos que llegaba al caer la tarde era tan fuerte que lo llamábamos así), surgió la consigna de rechazar el trabajo forzado. La decisión fue unánime, se le comunicó a Velasco que nos negábamos a tomar las herramientas y salir a trabajar. Éste, contrariamente a lo que se podría suponer, reaccionó muy enojado, pero se calmó al poco rato y dijo que aceptaba y respetaba nuestra determinación. Era lo justo, estábamos como presos políticos y no podíamos ser obligados a trabajos forzados.

Sin embargo, a los pocos días advertimos que la total inactividad era tremendamente perjudicial para nosotros mismos. La pasividad nos hacía víctimas más fáciles de los tábanos y los mosquitos, la moral decaía por no saber cómo matar el tiempo.

Lo primero fue hacernos cargo de preparar nuestros alimentos, para ello asumimos rotativamente la responsabilidad por escuadras, pues hasta ahí comíamos sólo el “rancho” preparado por los soldados en sus ennegrecidos turriles.

Después, un grupo de muy pocos, pero que fue creciendo día tras día, decidimos construir una letrina para aliviar la congestión de la única existente y que también en parte compartíamos con los soldados.

Nos entusiasmos tanto con este trabajo que, ya al entrar en el tercer mes de estadía, decidimos emprender una obra de mayor envergadura.

El puente que alguna vez existió sobre el arroyo estaba totalmente destruido por el tiempo; esto impedía a los vecinos llegar a la pista por el camino que bordeaba la cerca de las instalaciones de la Naval, y se veían obligados a solicitar permiso para transitar por su interior cuando llegaba algún avión o avioneta. Teníamos entre nosotros un ingeniero civil potosino para dirigir los trabajos y, por tanto, luego de acaloradas reuniones de planificación, tomamos la decisión: ¡construiremos un puente!

Y fuimos capaces de hacerlo, a pesar de no contar con el apoyo de todos los confinados, pues algunos dirigentes sindicales no compartían nuestro criterio de distinguir lo que era

trabajo forzado y trabajo voluntario.

Justamente cuando habíamos terminado de construirlo, el día que apisonábamos la tierra de la plataforma llegó el Arava que sacó a los primeros 10 prisioneros, según dijeron los más peligrosos. De ahí que algunos de nosotros no pudimos estar en la inauguración y en el bautizo de la obra como: *El puente de los libres*, nombre que los compañeros inscribieron en un enorme madero.

Tengo en el costado derecho de la frente una cicatriz de cuatro centímetros como recuerdo de mi participación en aquella obra. Habíamos ingresado profundamente en el bosque buscando los árboles más grandes para la base del puente. Corté con el hacha uno de esos bellísimos gigantes que al momento de caer, como castigando mi osadía, lanzó contra mí una de sus ramas que había estado suelta. Cuando me recobré del desmayo, estaba completamente ensangrentado y los compañeros me llevaban a la presencia de Velasco, quien por suerte estaba en sana razón y procedió de inmediato a suturarme la herida con seis puntos, no sin antes recordarme que sólo le faltaba un año para graduarse de médico, la segunda profesión que había elegido. Algunos años después me topé con él en una calle de La Paz y luego del abrazo de rigor, lo primero que se le ocurrió preguntar era cómo había quedado el "zurcido" de mi frente que estuvo a su cargo.

Otra manera de ocupar el tiempo fueron los trabajos de pesca para reforzar nuestra dieta tan escuálida en proteínas. Acebey y yo fuimos los más perseverantes, aunque los resultados que obtuvimos influyeron muy poco o casi nada en la olla común del más de medio centenar de personas que componíamos el grupo de los confinados.

También con él y bajo el asesoramiento de don Rafael, el anciano encargado del taller de carpintería de la Naval, buscamos maderas finas para realizar trabajos manuales, algunos de los cuales llegaron a convertirse en piezas de gran belleza. Conocimos la *itauba*, de color amarillento, inigualable por la dureza de sus hebras trenzadas capaz de resistir las más duras tracciones, por lo que se usa para las faenas más rudas como los timones de las embarcaciones, y también la *masaranduba*, caoba de hilos rectilíneos, casi tan dura y resistente como el acero y de un color canela intenso.

Los instrumentos para estas gratas labores fueron únicamente el machete sujetado de la mitad del filo para la obra gruesa, trozos de vidrio para el pulido y hojas secas de un árbol especial, verdaderas lijas naturales, para el último afinado. En esta iniciativa tuvimos muchos seguidores, se desató una fiebre por la artesanía maderera. Cuando ahora contemplo las cuatro piezas de cocina que mis hijos mayores guardan celosamente como adorno, me parece increíble que hubieran salido de mis manos y con tan rudimentarias herramientas.

Hambre en las filas

Además de las complicaciones del clima caluroso y de la molestia permanente de los tábanos y diversidad de mosquitos, el problema mayor que tuvimos que afrontar fue el de la alimentación.

El pan de regular consistencia, fabricado por dos confinados de Viacha que resultaron excelentes panaderos, sólo era para el desayuno. Lo demás: arroz, fideo, sal y pare de contar. Alguna carne seca que se nos entregó los primeros días resultó incomible porque estaba llena de gusanos. La red o malladera colocada en el río y que debía proveer de pescado un día para nosotros y otro para los soldados resultó un fiasco, se dijera que los peces estaban enseñados a caer en la trampa sólo el día que les tocaba a los soldados y pasaban de largo el día que nos tocaba a los confinados. No eran muchas las combinaciones que se podía realizar sólo con los elementos disponibles, por muy imaginativos que sean los integrantes de la escuadra de turno en la cocina: fideo con arroz al mediodía y arroz con fideo por la tarde. En muchos kilómetros a la redonda no existían, ni para muestra, papa, yuca, ni ningún tipo de verdura, hortaliza o fruta.

Velasco se lavaba las manos. Decía que debíamos acostumbrarnos a comer lo mismo que los soldados. No tomaba en cuenta que ellos, siendo oriundos de la zona, recibían algún refuerzo alimenticio de sus familiares para no caer en la desnutrición total. Lo grave es que tampoco podíamos comprar nada, no solamente por la falta de dinero y porque un buen

tiempo estuvimos totalmente prohibidos de salir al pueblo, sino porque allí tampoco existía nada para comprar, excepto algunos dulces, chiclets o galletas, y muy de vez en cuando cerveza Taquiña enlatada.

El afán ecologista de nuestro cancerbero nos libró algunos días de la rutina del arroz y el fideo. Velasco, no sé si con poder real o autonombrado, se declaró Comandante de la Zona Militar y emitió algunas disposiciones de protección del medio ambiente. Una de ellas prohibía totalmente la comercialización de los huevos de peta (tortuga), por el riesgo de su extinción. Estaba permitido consumirlos pero no comercializarlos. Todas las embarcaciones que transitaban por el río eran detenidas y revisadas en el puesto militar y se decomisaba los aplastados y terrosos huevecillos, hasta formar un montón inmenso del que se nos autorizó proveernos a discreción.

A la escuadra de Cayetano Llobet le tocó en suerte preparar un sabroso pastel de macarrones cuya consistencia provenía de los aceitosos huevos del quelonio con su inconfundible aroma a pescado. Días después hicimos nuestra propia cosecha en las playas cercanas donde la indefensa tortuga sale del agua, se aleja unos metros y deposita sus huevos en la tibia arena que le servirá de incubadora natural, pero no tiene ni el cuidado ni la inteligencia de borrar sus huellas, por lo que es víctima fácil de la depredación de los humanos.

Pese a todos los malabarismos alimentarios y a las esporádicas rachas proteínicas, después de más de dos meses estábamos seriamente amenazados por la desnutrición y algunos días pasábamos hambre verdadera.

La situación se prolongó hasta la llegada del envío que nos hizo la Cruz Roja Internacional.

Una misión integrada por personal suizo nos hizo una visita en el terreno. Revisaron a todos y atendieron con gran solicitud a los más afectados por la mala alimentación y las condiciones climáticas. También llevaron las primeras cartas "legales", pero abiertas, a nuestros familiares, escritas en papel membretado de la institución y con la instrucción de no consignar el lugar de donde eran remitidas, condición que había puesto el gobierno como si quisiera seguir ocultando el lugar donde nos tenía prisioneros. A los pocos días mandaron una avionada de alimentos y medicinas.

Tierra de nadie

Velasco se había preguntado, al igual que nosotros, por qué los cavinenses no cultivaban algunas verduras y hortalizas, ni siquiera yuca ni cítricos. La respuesta generalizada era que el ganado andaba suelto y se comía todos los sembradíos. Ganadería versus agricultura, ésa era la cuestión.

Entonces, ejerciendo nuevamente su discutible mandato de Comandante de la Zona Militar, emitió una ordenanza por la cual daba un plazo de 30 días para que los propietarios encierren a sus vacunos tras las cercas, caso contrario las personas afectadas por el destrozo de sus cultivos serían autorizadas a derribarlos. A la manera de los viejos pregones, copias del comunicado escrito a máquina fueron colocadas en las paredes y postes más visibles de Puerto Cavinás.

Por esos días la gente del pueblo nos hizo llegar un mensaje preocupante: que nos cuidáramos, pues había llegado por el río una embarcación sospechosa con un personaje que decía tener la misión expresa de eliminar, uno a uno, a todos los confinados, que había recibido esa orden directamente del presidente García Meza y de su ministro del Interior, Luis Arce Gómez. Dijeron que era alto, muy delgado, de grandes bigotes y tenía por antecedentes el haber sido de joven un fanático militante falangista.

Cuando el rumor llegó a oídos de Velasco, se puso muy nervioso porque se creyó sobrepasado en sus funciones. Supimos que llamó por radio a La Paz y, una vez aclarada la impostura, conminó al susodicho personaje a que haga abandono del pueblo en el término perentorio de 24 horas.

En efecto, el hombre se marchó, pero tuvo el tiempo suficiente para enterarse de la disposición de Velasco con respecto al ganado depredador. Ni corto ni perezoso, llegó al

pueblo vecino con la novedad y la aplicó a su manera. Reunió a toda la población, mayoritariamente indígena, y les anunció que desde La Paz el gobierno les autorizaba a derribar de inmediato cuanto bovino se apareciera por sus sembradíos.

Imposible imaginar mayor felicidad, “cazaron” 17 cabezas en menos de una semana e hicieron grandes fiestas y comilonas. Al octavo día el hombre se marchó con una carga de cueros y charque que casi llenaba su embarcación.

Unos días más tarde todos los dirigentes de la comunidad fueron tomados presos y llevados a Trinidad por una comisión policial que había llegado expresamente a capturarlos, ante la denuncia de los ganaderos por el delito de abigeato.

Madidi

Hernán Ludueña, uno de los pocos con algo de experiencia de sobrevivir en el oriente, propuso hacer una expedición de pesca al río Madidi, los soldados le habían dicho que allí la pesca era abundante porque el agua era más clara. Él y yo fuimos autorizados a usar un casco o canoa, pero a condición de ir con un cabo armado con su respectiva M-1 y un soldado a cargo del timón; Velasco desconfiaba, nos creía capaces de intentar una fuga por el río, algo que estaba totalmente alejado de nuestras mentes, pues era simplemente impracticable.

Este viaje para mí fue la aventura más fascinante del confinamiento. Después de remar río arriba todo el día llegamos a la plena desembocadura, donde el Madidi echa sus aguas al caudaloso Beni.

Instalamos en la playa los mosquiteros para dormir; el cielo estaba completamente despejado, daba gusto contemplar el resplandor del firmamento desplegado sobre nosotros como un manto inmenso. Pero era tal la humedad del ambiente que podía verse el vapor del agua que se levantaba de los ríos, sentíamos cómo se condensaba y caía como gotas de lluvia dentro del mosquitero.

Fue difícil conciliar el sueño en esas circunstancias, más aún por el zumbido de la “aviación”, los miles de mosquitos que introducían sus pequeñas trompitas por los huecos del mosquitero, pretendiendo alcanzarnos seguramente atraídos por el olor de nuestra piel sudorosa; ni qué decir de los rumores de la selva con sus miles de voces encantadas entre las que sobresalía el sobrecogedor canto del *guajojó*: guá-joo-joo.

Al amanecer ingresamos al Madidi, mucho más angosto que el Beni e increíblemente serpenteado. Sus aguas no eran tan claras como nos habíamos imaginado, sólo un poco menos turbias que las del gran río del que son su afluente. El paisaje era prodigioso, no recuerdo nunca, ni antes ni después, haber estado en un lugar de tantas maravillas juntas. El cauce del río en forma de eses pronunciadas, rompiendo el verdor de la selva; aves multicolores con la sinfonía de sus cantos; monos jugueteando en medio de los árboles, lagartos que toman el sol y se mueven parsimoniosamente, molestos por nuestra llegada; tortugas acuáticas acelerando sus pasos por la arena para llegar al río, único lugar donde hallan protección; y, cuando gritábamos, el eco devolvía repetidas nuestras voces.

La pesca ni qué se diga, obtuvimos varios *pacuses*, *surubís* y *blanquillos* y hasta un *tujuno*, reconocible por los puntos negros en cabeza y espalda, según dijeron los expertos, uno de los pescados más sabrosos de la región.

Después de mediodía emprendimos el regreso río abajo, por tanto con menor esfuerzo, y llegamos a Puerto Cavinás al atardecer con nuestro pequeño cargamento de pescado que dividimos en dos, a tiempo para reforzar por lo menos en algo y por una sola vez la cena de presos y soldados.

Caballo con ruedas extraviado

Ni bien llegamos del Madidi supe por los compañeros que un ganadero del lugar estuvo preguntando por mí toda la tarde y que en esos momentos estaba en la Misión, farreando con nuestro comandante. Se trataba de Amín Zeitung, a quien conocí en Santa Cruz a fines de la década de los sesenta en las luchas estudiantiles y no veía en más de diez años. Había

escuchado mi nombre por alguna radioemisora extranjera en las listas de prisioneros del golpe del 17 de julio y se imaginó que podría estar entre los que fueron llevados a Puerto Cavinás, población muy cercana a su próspero establecimiento ganadero. Mientras esperaba mi retorno del Madidi trabó amistad con Jorge Velasco, a quien invitó un churrasco con la carne de vaquilla que había traído y, por supuesto, abundantemente rociado por buenos licores y cerveza helada.

De pronto, se apareció en una gigantesca motocicleta Kawasaki y después de saludarme efusivamente me cargó en las ancas de su caballo con ruedas y al rato estábamos en la Misión, yo comiendo la suave carne de ternera que habían apartado para mí, y ellos siguiendo con los tragos pues estaban en fase muy avanzada del “yo te estimo”. No pude probar el famoso *tujuno* que a esa hora mis compañeros estarían cocinando, tuve que conformarme con la vaquilla recalentada.

Era tal la repentina intimidad entre mi viejo amigo y “Coquito” Velasco que ya cerca de la medianoche autorizó, con muchas reticencias y recomendaciones, que aquel me llevara a conocer su casa ubicada en mitad de su hacienda ganadera con pista de aviación incluida. Partimos en la Kawasaki y al poco tiempo descubrí que en esa zona el monte es solamente una franja paralela al río, pues al rato dejamos atrás los últimos oasis de vegetación alta e ingresamos en plena pampa mojeña, donde dominan las pasturas uniformes, surcadas por estrechos senderos por donde circulan el ganado, los caballos de los vaqueros y ahora también las motocicletas de los patrones.

Amín Zeitung se extravió aquella noche por esos intrincados vericuetos. Después de casi dos horas de transitar por ellos sin más punto de referencia que la luna, parecía que estábamos en el mismo sitio girando en círculos, a ratos resbalábamos en el fango y la motocicleta cimbraba dando tremendas exclamaciones espoleada por el acelerador que Zeitung apretaba con furia. Cuando ya íbamos a caer en la desesperación vimos un lejano puntito de luz que se movía; era un farol que uno de los vaqueros de un puesto de avanzada había encendido al ver la luz de la moto que circulaba por la pampa sin llegar a ninguna parte. Al rato llegamos a la casa del vaquero, quien respetuosamente llamaba “patrón” a mi amigo y recibió sus órdenes de prepararnos hamacas y darnos agua para beber.

Al día siguiente muy temprano, junto con la borrachera desapareció el afán de Amín Zeitung por mostrarme su casa y presentarme a su familia. De improviso le parecieron razonables las observaciones y negativas iniciales de mi carcelero.

—Después de todo, sería muy comprometedor para todos, incluso para ti mismo -dijo- si justamente cuando estás fuera de la base naval llega una comisión de La Paz.

Regresamos pues de inmediato. Pero Amín Zeitung no se olvidó de mí y demostró unos días más tarde que su sentimiento amistoso era sincero. Se apareció con todo lo que me era necesario: cinturón de cuero, sombrero, linterna, dentífrico, latas de sardina, un juego de ajedrez, un montón de libros y una vaca.

—Es una vaca vieja, de las que ya no paren, pueden carnearla.

Y los 50 presos políticos más los soldados de la guarnición de la base naval de Puerto Cavinás nos dimos un festín de carne por un día entero. No alcanzó para más, pues era imposible conservar algo sin refrigeración.

No he vuelto a ver a Amín Zeitung desde entonces y cuánto no quisiera encontrarlo para agradecer su gesto solidario.

Candirú

El hecho más impactante del confinamiento ocurrió en el río, a muy pocos días de nuestra llegada, y tuvo como protagonista involuntario a un entrañable amigo que llamaremos Pedro. Confieso que este anecdótico suceso lo he relatado innumerables veces omitiendo siempre su nombre verdadero y, aunque él dijo que no le importaba, prefiero seguir haciéndolo así.

La única manera de refrescarnos y combatir el tórrido clima era zambullirnos en las turbulentas y oscuras aguas del río. Lo hacíamos varias veces al día saltando desde un atracadero de troncos ubicado en la orilla y, valga la inocencia, completamente desnudos. Fue

allí que los soldados miraban azorados las heridas y magulladuras que muchos de nosotros exhibíamos por las golpizas y torturas de los primeros días; en mi caso, los moretones que habían ennegrecido totalmente la parte posterior de mi cuerpo.

Un día de esos, chapoteábamos alegremente desprevenidos cuando vimos de pronto que Pedro nadaba hacia la orilla con desesperación. Qué bicho le habrá picado, comentó alguien, risueño. Pero Pedro no estaba para bromas. Cuando subió a los troncos todos pudimos ver que un hilo de sangre bajaba por sus muslos y piernas.

¿Qué había sucedido? La explicación la tuvimos después de parte de los soldados. Un pecesito parásito llamado *candirú* había ingresado por el recto de nuestro amigo, lastimándolo con la violencia de su penetración. Tremendamente pálido y asustado, lo sentía moverse por su intestino grueso, seguramente el bicho intentaba avanzar pretendiendo alojarse en su estómago. Todos salimos del agua aterrorizados y a partir de ese día nadie más ingresó al río con el atuendo de Adán; improvisábamos cualquier “taparrabos” a falta de trajes de baño.

Pedro fue conducido al pueblo por los soldados, lo que le dio el privilegio de ser el primero en conocer la solitaria calle donde estaba instalado el puesto sanitario. Pasaban las horas y nosotros esperábamos angustiados alguna noticia, incluso temíamos lo peor pues los soldados dejaron entrever que Pedro podía morir.

—Sería más grave si fuera mujer y la penetración del *candirú* hubiera sido por la vagina, en esos casos es muerte segura.

En cuanto obscureció hicimos una asamblea y decidimos exigir la llegada de un avión que evacue al afectado para que reciba la atención médica necesaria. Estábamos en eso cuando Pedro regresó en compañía del comandante Velasco.

—No se preocupen, muchachos, le he dado una dosis de purgante como para caballo y el asunto está solucionado.

Pedro confirmó que después de las violentas deposiciones había dejado de sentir en sus intestinos los movimientos del *candirú*.

Tiempo después, cuando en la cocina se desollaba un *surubí*, uno de los peces más grandes de la región, encontraron un *candirú* en su interior, lo que nos confirmó la desagradable costumbre de aquel bicho, de penetrar en el vientre de los animales de mayor tamaño.

Pero la cosa no quedó ahí. El desgraciado incidente dio lugar a maliciosas y desconsideradas bromas machistas de los militares y también, lamentablemente, de algunos compañeros confinados.

Pedro era permanentemente acosado con alusiones de mal gusto, hasta que una mañana estalló su bronca, subió a la tosca mesa donde comíamos al aire libre, dio una patada a su caneco de paja-cedrón y dijo que le sacaría la mierda al primero que vuelva a hacer bromas pesadas con su desgracia, luego de lo cual abandonó el lugar sin probar bocado de su preciado pan del desayuno.

De inmediato se impuso la realización de una asamblea en la que se tomó una firme determinación: nadie más haría esas chanzas estúpidas que estaban afectando la moral de un compañero. Y si alguien incumplía esta decisión sería severamente castigado por el grupo y se le privaría del pan por una semana. Todos cumplimos. El único que se atrevía, prevalido de su autoridad, a seguir apodando “Candirú” a nuestro amigo era Jorge Velasco.

Quiénes y cuántos

Los nombres que puedo recordar de los que estuvimos en Puerto Cavinás ese memorable trimestre son los siguientes:

1. Paulino Méndez (sociólogo)
2. Dulfredo Rúa (abogado y docente universitario)
3. Cayetano Llobet (entonces dirigente del PS-1)
4. Luis Pozzo (dirigente de la CUB)
5. Floduardo Ordóñez (estudiante de medicina)
6. Rufino Cossío (dirigente minero del sector privado)

7. Alberto Bonadona (economista)
8. Vladimir Ariscurinaga (estudiante, residía en España)
9. Arturo Villanueva (estudiante de sociología)
10. David Acebey (fotógrafo y escritor)
11. Eduardo Domínguez (universitario, apodado "Gato")
12. Víctor Lima (dirigente fabril de la COB)
13. Nicasio Choque (dirigente de la FSTMB)
14. Hernán Ludueña (periodista y sociólogo)
15. Alejandro Huaranca (campesino de Río Abajo)
16. Modesto Aguilar (dirigente minero de Caracoles)
17. Julio Peñaranda (estudiante, uno de los más jóvenes del grupo)
18. David Chávez Alandia (había intentado organizar los grupos de resistencia en El Alto, después fue el primer alcalde de esa ciudad)
19. Cosme (el "Vallegrandino")
20. Isaac Lima (de Viacha)
21. Javier Jorge Hualfher Sandóval (de Viacha)
22. Villavicencio (ingeniero civil de Potosí).
23. "Chin Chin" (recogido de la avenida Buenos Aires por haberse burlado de las ambulancias al servicio de la represión y llamar a una de ellas: ¡Taxi! ¡Taxi!)
24. Jaime Camacho (predicador evangelista, trabajaba en la Corte Electoral, lo confinaron porque se negó a decir que las elecciones habían sido fraudulentas, su religión no le permitía mentir).
25. Panchito (menor de edad, detenido en el camino a los Yungas cuando salió a ver "si seguían los bloqueos", dejó encerrado a su hermanito menor, por el cual lloraba a menudo al no saber qué suerte corrió)
26. Wálter Robles Bermúdez (director de Aduanas en el efímero gobierno de Guevara Arze, fue el primero en conseguir su libertad)
27. Mario Portocarrero "El Chapaco" (abogado, residía en París, sólo había venido de visita a Bolivia)
28. Luis Aguilar (dirigente fabril)
29. David Padilla (universitario)
30. Jorge Cruz Vargas ("Chancaco")

Después trajeron un nuevo grupo en el que estaban varios operarios de la imprenta Millán de La Paz, entre ellos (31.) Cristóbal Aguilar, quien se mostró como un artista consumado haciendo retratos tallados en madera (años después diseñó gentilmente la tapa de mi libro sobre el criminal nazi Klaus Barbie). De Sucre llegó un grupo en el que estaban (32.) Hugo Gorena y el entonces flamante abogado (33.) Germán Gutiérrez Gantier "Chunka", el que después fuera diputado y alcalde de la ciudad capital).

El 14 de septiembre arribó la última tongada, eran trabajadores de la duramente castigada mina de Caracoles, con los cuales el contingente de confinados se elevó a más de medio centenar de personas.

"¡Brilla el sol de septiembre radiante!"

Recuerdo muy bien la fecha porque ese día, después de llevarnos a la pista para recibir a los nuevos y de hacernos cantar nuestro "himno", la cueca "La Caraqueña" de Nilo Soruco, Velasco pidió que nos identificáramos los oriundos de Cochabamba. Mi solitario brazo levantado indicó que yo era el único representante de la "llajta". Me hizo subir a una pequeña moto, atravesamos la base y directamente de la pista fuimos al único restaurante-cantina del pueblo, un pequeño negocio del telegrafista.

Bebimos todo el día, whisky Johnnie Walker etiqueta negra y cerveza helada Taquiña, todo en honor de la fecha cívica de Cochabamba.

Resistí hasta comenzar la noche; cuando ya no pude más, ordenó a sus estafetas que me llevaran a dormir y trajeran en reemplazo a los miembros de lo que el llamaba la "cosa nostra", la logia que en su imaginación calenturienta nos invitaba a conformar para "salvar al

país”, Cayetano Llobet, Dulfredo Rúa, Alberto Bonadona, Hernán Ludueña y algunos otros. Recuerdo que fui llevado completamente borracho, caminando apenas sujeto con ambos brazos a los cuellos de dos soldados; recorrí a lo largo de la única calle del pueblo dando estentóreos vivas a mi partido, a la UDP y mueras a la bota militar.

Al día siguiente me enteré que la segunda ronda fue volteada como a las 2 de la mañana y que Velasco amaneció bebiendo con los recién llegados, a quienes bautizó con el nombre de *japutamos* (nombre de un insecto del lugar). Tal era la capacidad de resistencia alcohólica de nuestro comandante.

Muchos se preguntaban de dónde sacaba el dinero para tanta francachela, algunos decían que se gastaba el dinero que el gobierno enviaba para nuestra alimentación, otros decían que estaba desbancando al telegrafista porque consumía al fiado y nunca pagaba, obviamente nadie pudo comprobar estas suposiciones maliciosas.

Fútbol y amores prohibidos

Las últimas semanas en Cavinás fueron hasta cierto punto agradables. Nos habíamos aclimatado lo suficiente, gracias a que, entre otras, adquirimos la costumbre de agitar permanente un trapo o pañuelo para espantar los mosquitos de la cara y los brazos (casi un tic nervioso que tuvimos que quitarnos al regresar a La Paz). Teníamos charque, leche en polvo, quinua, frijoles, maní, chuño, maíz y hasta queso, enviados por la Cruz Roja y que en parte compartíamos con los soldados. También el botiquín de primeros auxilios lo teníamos bastante bien surtido.

Sentados sobre troncos a la orilla del río nos solazábamos contemplando los hermosos atardeceres, admirando la puesta del sol que pintaba de fuego el verdor de la selva y lo reflejaba impetuoso sobre el espejo marrón del agua.

Y, lo más importante, Velasco terminó por levantar casi todas las restricciones que nos impedían la relación con la tropa y con la población civil del pueblo de Cavinás.

Se organizó un campeonato triangular de fútbol: la selección del pueblo, la naval y la "compañía especial", es decir, nosotros. Los soldados tenían las mayores posibilidades de ganar el torneo, pero perdieron frente a nosotros gracias a la interferencia de Velasco y los suboficiales, todos "petacudos", que se empeñaron en ingresar al campo de juego y ordenaban a los soldados que les pasen la pelota, por "subordinación y constancia".

Podíamos entrar y salir de la base a cualquier hora, sólo a condición de anunciarnos con los encargados de la guardia.

En esas circunstancias se produjo también el primer idilio entre un confinado y la más bella muchacha del pueblo. Lamentablemente no sin consecuencias, como veremos enseguida.

Uno de los militares se había fijado en ella y desde el comienzo hizo todo por conquistarla.

Montada en su bicicleta, la muchacha atravesaba la base con el pretexto de ir a la pista y, descuidando la vigilancia, nos dejaba cigarrillos, algunos mensajes o periódicos. Una vez nos pidió que alistáramos cartas pues en el barco que estaba atracado en el pueblo había una persona de confianza que las despacharía en la oficina de correos de Rurrenabaque, fue así como yo escribí a mi madre en Cochabamba y adjunté un despacho para *O'Diario* de Portugal, periódico en el que colaboraba como corresponsal en La Paz.

La ofensiva de torpes requiebros del maduro militar tuvo menos éxito en el corazón de la muchacha que la sonrisa amable y los piropos intelectuales del juvenil confinado. Pasó lo que tenía que pasar, se formó una dulce parejita de enamorados.

La muchacha y el confinado caminaban tomados de la mano por la única calle del pueblo y todo el pequeño mundo de Cavinás sabía del romance y lo festejaba. Menos el uniformado, claro, quien mascullaba en silencio su despecho.

Llegó el cumpleaños de la muchacha y una buena parte de los "especiales" estábamos invitados a la fiesta (así nos llamábamos desde que en la barra del fútbol cambiamos la vocal "e" de "especial" por la "a" de "espacial"; sonaba mejor en los estribillos).

Yo no pude acudir al fandango porque ese mismo día había sufrido el accidente del árbol

en el monte, estaba en cama y con la cabeza vendada como si llevara puesto un turbante.

Pasada la medianoche escuchamos un fuerte tiroteo que provenía del pueblo. Había ocurrido que en lo mejor de la fiesta el militar despechado ordenó a sus estafetas que le llevaran su arma, con la que salió a la calle y disparó sobre la casa toda la cacerina, descargando así toda su furia acumulada. Los tragos y el chanco se le habían subido a la cabeza. Pudo ser una tragedia, pero menos mal que todos se tiraron al suelo y las balas sólo destrozaron cristales, lámparas y vajilla.

Parecía que el incidente uniría más a la parejita, pero ésta se rompió de modo cruel a los pocos días. Inesperadamente llegó una avioneta transportando a la esposa del infiel confinado; gracias a la influencia de un tío militar ella había logrado que autorizaran su viaje de visita al marido. Quizá anoticiada de alguna manera de lo que pasaba en Cavinás, la esposa se empeñó en recorrer la calle del pueblo tomada de la mano de su consorte, de la misma forma que la muchacha lo hacía hasta el día anterior. Pueblo chico infierno grande, el escándalo estaba desatado. La muchacha fue retirada de inmediato de la circulación y enviada pocos días después a Riberalta en una avioneta que sus familiares habían contratado expresamente. Nunca más la volvimos a ver.

Tres tristes trotskos y un trágico prelude

Muy raras veces en mi vida he estado bajo los efectos descontrolantes del alcohol. Por lo general soy y he sido lo que se dice un abstemio, con muy escasa "cultura alcohólica". Pero en Puerto Cavinás, además de la farra casi obligada del 14 de septiembre en homenaje a mi tierra natal, tuve otra mucho más escandalosa que no solamente me trae pésimos recuerdos, sino que fue como el anuncio anticipado de un hecho luctuoso que ocurrió después.

Alfredo Ríos era un suboficial que había viajado desde La Paz a las órdenes de Velasco, como parte de la custodia que nos habían asignado. Su comportamiento primero fue sobrio y correcto y después de un claro acercamiento a los confinados. Hacía lo posible por aliviarnos las penurias y se notaba que quería trabar amistad con nosotros; fue el más entusiasta impulsor del triangular de fútbol e incluso planteaba críticas al gobierno militar en el sentido de que nos tenía confinados tanto a ellos, los militares, como a nosotros. No éramos tan ingenuos para confiar ciegamente en su sinceridad, teníamos razonables dudas y no descartábamos que estuviera procurando jalarnos la lengua, tratando de sacarnos información sobre nuestra militancia política o sobre inimaginables planes de fuga que pudiéramos estar preparando.

Una de esas noches sugirió tomarnos unos tragos escondidos entre la ceja del río y la playa arenosa de sus orillas. Alfredo mandó a los soldados al pueblo a comprar soda y alcohol, cuya mezcla resultó mortífera. Era una ardiente bebida colorada ligeramente dulzona de alto poder embriagante.

En el pequeño grupo, de no más de seis personas, empezamos la tertulia en voz baja, con aire de complicidad. Pero poco después, al influjo de la poción que ingeríamos y olvidados de toda preocupación, cantábamos en coro y discutíamos eufóricos.

Tres de los compañeros, casualmente de militancia trotskista, la emprendieron con el suboficial a quien hacían responsable de todas nuestras desgracias. Hasta donde yo podía razonar en esos momentos la agresión verbal del que Alfredo era objeto me parecía un verdadero maltrato y una desconsideración. Aun en el caso de que su actitud de acercamiento no fuera sincera, no me parecía justo ni apropiado pedirle cuentas en esas circunstancias.

Intenté mediar en la discusión con ese tipo de argumentos, pero mis compañeros confinados seguían subiendo el tono de sus recriminaciones, azuzados por el alcohol y por el radicalismo tremendista del que siempre suelen hacer gala quienes abrazan la ideología del revolucionario ruso.

Llegó un momento en que me di por vencido, me aparté unos pasos del grupo y busqué un lugar donde sentarme en la arena. Fue en ese preciso instante que se me borró la película. Literalmente desaparecí del mapa. Perdí completamente la conciencia sobre mis actos. De lo que pasó no recuerdo nada en absoluto. Todo lo ocurrido lo supe después, al día siguiente

cerca del mediodía, cuando desperté en mi litera con raspaduras y moretones, la ropa echa jirones, embadurnado en arena y con mi prótesis dental desaparecida.

¡Tres tristes troskos, dejen de joder a este pobre tipo! había sido el grito de guerra con el que comencé la gresca.

Es posible que el alcohol haya sido el detonante de esa incontrolada agresividad, pero ahora pienso que además fue el catalizador para que los prejuicios sectarios hondamente arraigados en mi subconsciente se desbordaran. Tantos años de militancia me habían hecho particularmente sensible a las corrientes heréticas del marxismo-leninismo oficial que los trotskistas llamaban despectivamente “estalinismo”; con igual o mayor carga de prejuicios que nosotros, nos acusaban de traicionar la revolución, de estar al servicio de la burguesía y hasta de ser cómplices del asesinato de Leon Trotski en México, ¡faltaba más!, como si nosotros tuviésemos que cargar las culpas pasadas de generación en generación. Tiempos hubo en que el Estatuto Orgánico del PC prohibía expresamente tener relaciones con los trotskistas, los cismáticos más aborrecidos y repugnantes en la cultura partidaria, de la misma calaña que los “expulsados” a quienes ni siquiera había que dirigirles la palabra, como me tocó vivir en carne propia cuando después rompí con el PC en 1985. En los panfletos que escribía, yo mismo repetí más de una vez el calificativo de “sarnosos” que Federico Escóbar había puesto a los trotskistas en las luchas sindicales de Siglo XX-Catavi.

Los tres compañeros fieles devotos de la “revolución permanente”, el propio suboficial Alfredo Ríos y algunos más resultaron impotentes ante la tremenda furia de la que yo estaba poseído, tuvieron que llamar refuerzos de la gente que no había bebido. Según me contaron, no lograron calmarme sino que fui físicamente reducido, llevado en andas desde el río e introducido atado a mi mosquitero.

Todo hubiera acabado ahí, nada más que como una ética gresca sectaria, si no fuera por lo que ocurrió después.

Encontré a Alfredo Ríos en la plaza Murillo a pocos días del retorno de la democracia, aquel memorable 10 de octubre de 1982. Estaba en la guardia del presidente Siles Zuazo, casi no lo reconocí por su uniforme de gala y el casco que le llegaba hasta cerca de los ojos. Me cerró el paso con su arma para hacerme notar su presencia, pues no podía hablarme; cuando me di cuenta de quién era, apenas esbozó una sonrisa y me guiñó el ojo, no pude siquiera estrecharle la mano.

Cuando volví a saber de él estaba muerto. A fines de ese año había sido detenido por sus propios camaradas de armas bajo la acusación de pasar secretos y bagajes militares a un partido de izquierda. Según denuncia de sus familiares y de los organismos de Derechos Humanos, había sido salvajemente torturado, incluso atravesado con ganchos metálicos y colgado como una res, hasta morir. Uno más de los casos que la Justicia Militar nunca ha esclarecido ni sancionado.

La noticia nos dejó tremendamente consternados a todos los que lo conocimos en Puerto Cavinás. ¿Quién era realmente Alfredo Ríos, qué sentía su corazón y qué pensamientos abrigaba su mente? Quizá nadie llegue a saberlo nunca.

¿Dónde queda Puerto Rico?

La despedida fue muy cordial y emotiva. Al pie del Arava, que sacó a los primeros diez, se juntaron Jorge Velasco, Alfredo Ríos, el sargento Vargas y un grupo grande de soldados, así como el resto de confinados que ya sabían que en los siguientes días retornarían con posibilidades de salir en libertad. Menudearon los abrazos, los apretones de manos y los deseos de buena suerte. ¡Qué enorme contraste con la hostilidad con la que habíamos sido recibidos tres meses atrás!

Un solo agente armado de su metralleta acompañaba al personal de vuelo y nos dijo que en menos de quince minutos estaríamos aterrizando en Puerto Rico, la pequeña población sobre el río Manuripi, allá donde éste se junta con el Tahuamanu, que también servía de campo de confinamiento y de donde sacarían a otros diez prisioneros para completar el pasaje del avión. De ahí volaríamos a Cobija, donde pasaríamos a otro avión más grande para ser llevados a La Paz.

Íbamos a baja altura y podíamos apreciar la majestuosa llanura beniana, los inmensos pastizales húmedos y la selva virgen con sus ríos misteriosos y ondulantes que le añaden pinceladas marrones al intenso verdor predominante.

Pero pasaba el tiempo y no llegábamos a ninguna parte. Cuarenta o cincuenta minutos, quizá cerca de una hora, y parecía que el aparato giraba en enormes círculos en una zona de monte totalmente cerrado.

La inquietud se apoderó de nosotros, más aún viendo el rostro de miedo de nuestro único guardián. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no llegábamos a Puerto Rico?

De pronto, perdimos altura rápidamente y alcanzamos a divisar unos cuantos *pahuichis* pegados a un descampado que se asemejaba a una cancha de fútbol. Chanchos, perros, patos y gallinas huyeron ante el estrépito del avión que aterrizó en aquel pequeño claro de la selva.

Sacando medio cuerpo por la ventanilla, el piloto interrogó a los asustados habitantes que se habían acercado cuando el aparato quedó detenido:

—¿A qué lado y a qué distancia está Puerto Rico?

—Aquisito mi capitán— dijeron varios de ellos, a tiempo de extender los brazos para señalar la dirección correcta.

El Arava viró en redondo, volvió a despegar y antes de los diez minutos aterrizábamos en la pista portorriqueña, muy parecida a la de Puerto Cavidas.

Al exilio

Ya en La Paz, volvimos a las celdas de la DOP disminuidos en número. Ante las denuncias y la presión provenientes de todo el mundo, García Meza y Arce Gómez no sabían qué hacer con tantos prisioneros. Tuvieron que poner en libertad a algunos, a otros residenciaron en ciudades pequeñas, a muchos se les impuso la condición de presentarse diariamente a firmar un libro de asistencia. A otros se nos envió al exilio forzoso, mediante una cita previa con funcionarios del Comité Internacional de Migraciones de la ONU, para elegir un país que nos acogiera, trámite al que me negué porque no quise facilitarles mi expatriación.

Pese a tal negativa llegué a la ciudad de México, Distrito Federal, el 19 de noviembre de 1980, portando un salvoconducto que llevaba mi fotografía con barba de cuatro meses y la marca en rojo de un sello que decía: “Expulsado de Bolivia por extremista subversivo”. El país azteca me había concedido asilo político a solicitud de Cayetano Llobet, sin yo saberlo. Allí comenzó otra historia.

Anexos 1980

La quema de los archivos del congreso*

Procuraré no hacer juicio sobre el significado del golpe de julio de 1980. Tendría más que suficientes motivos para hacerlo, pues estuve entre las víctimas de sus métodos de brutalidad fascista. Pero no se trata de eso, ése es un género de testimonios que habrá que darlos en otro tiempo y lugar. Lo que voy a comunicarle tiene estrecha relación con las investigaciones históricas, con la conservación de sus fuentes: los archivos documentales.

Fui capturado, junto con varias decenas de dirigentes sindicales y políticos, además de periodistas, en la sede de la Central Obrera Boliviana, cerca del mediodía del 17 de julio de 1980. Fuimos conducidos en ambulancias a la ciudadela militar de Miraflores, donde permanecimos en condiciones que no es del caso relatar aquí, hasta el amanecer del día siguiente. A esa hora fuimos trasladados a las celdas de la DOP en la calle Comercio. Pudimos apreciar, desde el primer momento, que ese local estuvo siendo utilizado anteriormente como depósito del Congreso Nacional. Hay que tomar en cuenta que la DOP queda pegada a la espalda del Palacio Legislativo. Recuerdo haber advertido, en los días previos al golpe, un forado a través del cual se comunicaban ambos edificios (el mismo quedaba aproximadamente al frente del bar y cerca de los servicios higiénicos del Parlamento). Al parecer, el

funcionamiento de las comisiones legislativas demandaba cada vez mayor espacio, por lo cual, probablemente, diversos materiales del Congreso fueron a parar a las lóbregas celdas de la DOP, en ese momento desocupadas.

Lo cierto es que, a nuestro arribo, nos hallamos en medio de gran cantidad de papeles y libros en completo desorden. A medida que pasaban las horas, con la llegada de más presos, nuevas cantidades de papeles eran arrojadas al patio para habilitar las celdas. En los breves momentos en que nos era permitido salir de ellas, generalmente para cumplir con nuestras necesidades fisiológicas, procurábamos coger un manojo de papeles que luego nos servirían para cubrirnos del frío o para hacer más soportable el duro piso de cemento desnudo donde dormíamos. Demás está decirle que también, de entre esa montaña de papeles esparcidos por todos lados, elegíamos los más adecuados para utilizarlos como papel higiénico.

Por otra parte, pudimos advertir que los carceleros que nos custodiaban hacían fogatas en el patio para calentarse durante las guardias nocturnas. Por una sola vez me fue dado observar el combustible que utilizaban: el 19 de julio fui trasladado encapuchado y maniatado al Ministerio del Interior junto con Víctor Sosa y los dirigentes sindicales Simón Reyes y Max Toro –tampoco quiero relatarle cómo fueron realizados allí los interrogatorios–; el hecho es que, ya muy noche, fuimos devueltos a la DOP y por alguna actitud entre negligente y bondadosa (el estado lamentable en que nos hallábamos pudo inspirarla) fui despojado antes de ser introducido a la celda de la capucha que me cubría los ojos y de los alambres que sujetaban mis manos... varios agentes armados de metralletas se calentaban junto a una fogata en lo que después conocería como el segundo patio... como era obvio que en esas condiciones yo no ofrecía peligro alguno, fui invitado por los carceleros –debo reconocer que con cierta amabilidad– a compartir el calor del fuego, estuve allí entre dos a tres minutos, tiempo suficiente para comprobar con toda nitidez que la hoguera era alimentada por trozos de muebles antiguos y, naturalmente, por papeles, aquellos que, como dije antes, estaban regados por todo el local.

Después tuve ocasión de meditar sobre la responsabilidad de aquellos hombres en la quema de esa documentación. Y ciertamente llegué a atenuar sus culpas... ¿acaso nosotros los presos no hacíamos algo parecido con el papel que usábamos para otros menesteres? Lamentablemente, tanto presos como carceleros, éramos inocentes ejecutores de una tarea de destrucción, generada por una realidad estúpida. Los verdaderos culpables de esta situación eran otros...

No pude menos que recordar, y comentar con los compañeros de cautiverio, sobre la quema de documentos de la Casa de Moneda por la soldadesca de Melgarejo...; claro que no dejamos de lamentar con amargura que entre uno y otro suceso, había transcurrido más de un siglo. Recordé también con sarcasmo que, cuando supe lo de Potosí, me dije ingenuamente: “menos mal que tales cosas ya no ocurren ...” ¡Cómo iba a imaginar que yo mismo, diez años más tarde, sería espectador de un acto semejante de lesa cultura, atentatorio para el país!

Sometidos como estábamos a un régimen de malos tratos, total incomunicación, amenazas e incluso torturas físicas y morales (se hicieron en Miraflores simulacros de fusilamiento, varios días después de nuestro secuestro se nos amenazaba con quitarnos la vida “pues nadie sabe que están aquí” y muchos de nosotros fuimos brutalmente golpeados), en tales circunstancias, digo, se comprenderá que no estábamos para preocuparnos por la clase de papeles en medio de los cuales vivíamos. Sólo con el paso de los días fuimos cobrando conciencia de ello, en la medida en que pudimos verificar de qué papeles se trataba, en los pocos momentos que pasábamos fuera de las celdas, pues dentro de ellas estábamos completamente a oscuras.

No todo era material manuscrito y autografiado, es cierto. Había también numerosos libros redactores del Congreso de diferentes años, voluminosos tomos que es de suponer existen en bibliotecas, y asimismo hojas censales en blanco del INE. Nada de eso era grave... Lo inconcebible es que hayan estado en esa situación documentos inéditos, papeles que como usted bien sabe son materia prima fundamental para las investigaciones históricas.

Cito esforzando mi memoria algunos de tales documentos: correspondencia entre el Legislativo y el Ejecutivo, innumerables legajos que se notaba estuvieron agrupados por años, recuerdo con claridad documentos firmados por el presidente Salamanca: informes escritos sobre diversos tópicos y de diferentes años. Recuerdo uno acerca de un tal Benquique, ecuatoriano confinado al Beni por hacer propaganda anarquista contra la Guerra del Chaco; telegramas, recibidos y despachados; peticiones de informe, resoluciones camarales; correspondencia diversa; actas de reuniones, escritas a mano; varias solicitudes de pensión, etc. etc.

Conocí a un preso que en cada salida al baño buscaba entre los papeles revueltos las firmas de los presidentes de la República; recuerdo, con toda seguridad, haber visto en esa colección firmas de: Daniel Salamanca, Hernando Siles, Bautista Saavedra, José Gutiérrez Guerra, Ismael Montes, José Manuel Pando y Mariano Baptista. Deduje que los documentos más antiguos pudieron ser de la época de este último presidente, aunque no podría aseverar la no existencia de otros, aún más antiguos.

El 1 de agosto al amanecer, una parte de los presos fuimos conducidos a la seccional de El Alto de la DIN –tampoco quiero relatarle en qué condiciones y bajó qué condiciones de selección– para ser

trasladados al día siguiente a Puerto Cavingas, a orillas del río Beni, cerca de la confluencia de los límites departamentales del Beni, La Paz y Pando. Allí permanecimos hasta fines de octubre de 1980, fecha en que nos retornaron a la ciudad de La Paz, a la misma prisión de la DOP, llamada a la sazón SES.

A nuestra llegada fue fácil advertir los cambios: la incomunicación estaba levantada; recibimos por primera vez visitas familiares, al igual que de sacerdotes y miembros suizos de la Cruz Roja Internacional; las celdas tenían luz eléctrica y colchones de paja. Por lo menos en esos días y en ese lugar no supimos de torturados ni encapuchados. Las relaciones entre presos y carceleros eran normales, las que pueden ser entre unos y otros.

Descubrimos que todo el material documental sobrante, especialmente aquel que permanecía empastado, había sido apilado en un rincón del tercer patio, al lado de los servicios higiénicos y frente a las celdas 9 y 10. De los muebles antiguos del Congreso no quedaba nada visible. En vista del nuevo clima reinante, hicimos una representación: pedimos entrevistarnos con el jefe del recinto, comisario Juan Carlos García, quien nos recibió, o más bien vino a nuestro encuentro, en dicho tercer patio, tiene que haber sido en la primera semana de noviembre.

Casi no nos dejó terminar con nuestra argumentación en sentido de que por lo menos dichos documentos restantes deberían ser salvados y devueltos al local del Congreso: "Tienen razón muchachos, gracias por haberme hecho dar cuenta, ahora mismo se tomarán las medidas del caso", dijo.

Infelizmente, hasta la fecha de nuestra deportación a México en noviembre, no pasó nada. Al comisario García le entró la sugerencia por un oído y se le salió por el otro. No fue movido un solo papel. Ignoro la suerte que haya podido correr ese saldo de documentos, después, una vez iniciada la época de lluvias.

Creo que hechos como el descrito merecen ser conocidos y condenados severamente por lo menos por quienes poseen verdadera vocación por los estudios históricos y dan el valor que tienen a las fuentes documentales. Es más, quizá todavía exista material por salvar y recuperar, algo pudo haber quedado en otras dependencias a las que no tuvimos acceso. O, por lo menos, se podría establecer el monto del daño ocasionado, averiguando qué parte de la documentación del Congreso fue la trasladada a la ex DOP. En fin, algo se podría hacer.

Cualquiera de los cientos de prisioneros que pasaron por la DOP en aquellos tristes momentos pueden atestiguar todo cuanto afirmo y hasta quizá aportar otros detalles. Nombro simplemente a algunas personas con quienes estuve y comenté sobre este atentado: los dirigentes sindicales Simón Reyes, Max Toro, Noel Vásquez, el Ing. Iván Zegada de la Asamblea de Derechos Humanos; el dirigente de la CUB Luis Pozzo Iñiguez; los dirigentes políticos Wálter Vásquez Michel y Cayetano Llobet Tavolara; los periodistas Juan León Cornejo y Hernán Ludueña. Por si fueran pocos; estuvieron presos esos días, aunque en celdas distintas a la nuestra, los ex ministros de Estado Sr. Quinteros y Sr. Aranibar Guevara, este último también conocido industrial minero. Además del citado comisario García, durante esa etapa, tuvieron alguna responsabilidad en esa repartición los funcionarios "Nayo" Valdivia y Carlos Valda. A los funcionarios de mayor jerarquía en la época se los conoce públicamente...

Quisiera ser interpretado a cabalidad. En lo que a mí concierne, no puedo separar estos hechos lamentables del contexto político que les dio lugar. La anticultura en este país tiene nombres y apellidos, su filiación clasista, política e ideológica está a la luz del día. Usted puede ver el asunto desde otro ángulo, lo admito, independientemente de quiénes y defendiendo qué intereses se haya cometido este delito. Pero el hecho está ahí, elocuente por sí mismo: cantidades de documentos, - patrimonio de la historia nacional, han sido irremediamente destruidos. Creo que nadie debería quedar indiferente aunque -lo reitero- no es obligatorio coincidir en lo que sea necesario hacer. Unos pensamos que hay que seguir en la brega por conquistar la democracia para el pueblo, para evitar que hechos como el relatado se repitan.

Información sobre ¡Vista al mar...!

"Su testimonio adquiere la fuerza de una demoledora denuncia y es una obra literaria de jerarquía por el manejo diestro de la palabra, incorporada como protagonista de los episodios que relata.

El testigo que escribe este testimonio se desnuda a sí mismo como en ese instante de lucidez frente a la muerte, en el cual se arremolina toda la vida de uno mismo, exigiendo el balance definitivo.

El demonio de la palabra no se da nunca por vencido cuando habita un continente propicio. Es inagotable y en cualquier momento saca la cabeza para entregarnos su fuego. Ése es el caso de Carlos Soria que en el periodismo busca aplacar, aunque sea parcialmente, sus demonios literarios”.

Ramiro Barrenechea Z.

(Del Prólogo a la primera edición. La Paz, agosto de 1982)

“La operación 'Avispón' ejecutada por comandos paramilitares en la sede de la Central Obrera Boliviana fue, podría decirse, la carta de presentación del golpe de Estado del 17 de julio de 1980. En esta jornada fueron asesinados varios líderes obreros y populares, y detenidos y torturados decenas de dirigentes y activistas sindicales y políticos. Entre ellos se encontraba el periodista y ensayista boliviano Carlos Soria Galvarro, autor de un testimonio conmovedor en el que se combinan la denuncia y el talento literario”.

Eduardo Duschatzky

(Del libro Bolivia : De la resistencia al gobierno popular, al presentar ¡Vista al mar...! entre los anexos. Buenos Aires, diciembre de 1982)

¡Vista al mar...! es un testimonio de una situación que el lector, sin una aclaración previa, tomaría por fantástica e irreal. Al universalizar su experiencia a través de una estructura y lenguaje literarios, el autor trasmutó lo real en creación artística.

Carlos Soria... era corresponsal de “O’Diario” en La Paz cuando los paramilitares tomaron el poder para los generales de la cocaína a través de la sangrienta operación “Avispón”. Fue de “O’Diario” que en Europa partió la primera protesta contra el golpe fascista de julio del 80, y también el primer llamado para la liberación de Carlos Soria, entonces confinado en un campo de concentración en la selva amazónica”.

Miguel Urbano Rodríguez

Director de O’Diario. Portugal.

(De la nota introductoria a la versión portuguesa de ¡Vista al mar...!, en el Suplemento Cultural de O’Diario, 23 de enero de 1983).

“¡Vista al mar...! Es un relato periodístico en virtud de su contenido, pero es una crónica literaria desde el punto de vista de la forma.

Tiene pues un valor doble: es el testimonio de una dolorosa experiencia que nadie quisiera para sí, pero que, una vez pasada, enriquece la vida de quien la vivió en carne propia, porque el ser del hombre crece con el dolor, con la angustia, con el sufrimiento y, sobre todo, con la superación de situaciones límite, como la del encierro, la tortura, el confinamiento, el destierro y el tener que enfrentar a la muerte cara a cara. Y tiene valor literario porque la narración está artísticamente estructurada, no se refieren los hechos de manera lineal, sino que se arman en planos, en medio de los cuales se intercalan evocaciones y experiencias del pasado”.

... ¡Vista al mar...!, una locución acuñada en los cuarteles... adquiere en el relato una connotación que permanecerá indeleble en la mente de los que vivieron esa cruel experiencia y en la de los lectores que no olvidaremos nunca este testimonio, porque está asociado al recuerdo de esos días aciagos”.

Carlos Coello Vila, crítico literario.

(En ¡Vista al mar...! Testimonios sobre el 17 de julio de 1980, Revista/ Signo Cuadernos Bolivianos de Cultura N° 41, 1994).

* Artículo publicado en la Revista *Semana* del periódico *Ultima Hora*. del 17 al 23 de diciembre de 1982. Se trataba originalmente de una carta al historiador Alberto Crespo Rodas que, por la situación de la época, nunca llegó a sus manos. Fue escrita en septiembre de 1981 en la clandestinidad, a poco del retorno de México.